

SERVICIO  
SECRETO

SS

# LOS TENTACULOS DEL TERROR MUNDIAL

Curtis Garland



Josef Holzmayer creía saberlo.

Estaba seguro de saberlo. Le había costado tiempo percatarse de ello, pero ahora casi podía jurarlo. Y la significación tremenda de esa certeza, le había provocado una excitación poco frecuente en él.

Josef Holzmayer había sido siempre un hombre frío, cerebral, sereno y equilibrado hasta la exageración. Había quien decía de él que no tenía sensibilidad ni acusaba emoción alguna, ya fuese de complacencia o de contrariedad. Y muy posiblemente, quienes eso afirmaban tenían toda la razón del mundo.

Esa mañana, Holzmayer se sentía particularmente inquieto y nervioso, cosa todavía más insólita en un hombre de su carácter. Pero existían razones poderosas para ello, razones que desgraciadamente no hubiera podido exponer a nadie en estos momentos. Y a su secretario o a su amiga, menos aún que a ninguna otra persona.



Curtis Garland

# Los tentáculos del terror mundial

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1500**

ePub r1.2

Lds 15.01.19

Título original: *Los tentáculos del terror mundial*

Curtis Garland, 1979

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



# SS

## SERVICIO SECRETO



## CAPÍTULO PRIMERO

Josef Holzmayer creía saberlo.

Estaba seguro de saberlo. Le había costado tiempo percatarse de ello, pero ahora casi podía jurarlo. Y la significación tremenda de esa certeza, le había provocado una excitación poco frecuente en él.

Josef Holzmayer había sido siempre un hombre frío, cerebral, sereno y equilibrado hasta la exageración. Había quien decía de él que no tenía sensibilidad ni acusaba emoción alguna, ya fuese de complacencia o de contrariedad. Y muy posiblemente, quienes eso afirmaban tenían toda la razón del mundo.

Esa mañana, Holzmayer se sentía particularmente inquieto y nervioso, cosa todavía más insólita en un hombre de su carácter. Pero existían razones poderosas para ello, razones que desgraciadamente no hubiera podido exponer a nadie en estos momentos. Y a su secretario o a su amiguita, menos aún que a ninguna otra persona.

No podía fiarse de la prudencia del joven francés que había contratado solamente un año atrás, y menos aún de la muchacha con quien vivía desde hacía tan sólo tres o cuatro meses.

A él le gustaba cambiar frecuentemente de amante. Yvonne era una más. Sólo le ligaba a ella el deseo, el placer de sentir suyo aquel cuerpo joven, seductor, generosamente dotado por la naturaleza, y que nadie más podía poseer en tanto fuese suya. Su dinero, su yate, sus largos viajes, hacían factible esa circunstancia. Yvonne rara vez se separaba de su lado. Ahora mismo, mientras él terminaba de escribir aquellos folios, permanecía ella tendida en la cubierta del yate, semidesnuda, con sólo la pieza inferior de su bikini ciñéndole el triángulo de su entrepierna y una mínima parte de sus nalgas, mientras el sol doraba los promontorios delicados y abundantes de

sus senos desnudos. Le gustaba estar así, y él no tenía nada que objetar a tales gustos. Yvonne podía hacer cuanto quisiera. Todo, menos apartarse de su lado.

Sabía que si ella estaba a su lado dócilmente, no era ya por sus encantos varoniles, porque aunque Josef Holzmayer se conservaba magníficamente, su madurez era ya evidente, y sólo el dinero y las comodidades podían hacer amorosa y fiel a una chica como Yvonne.

En cuanto a Marcel, su joven secretario francés, era eficiente, serio, trabajador y, sobre todo, tenía una virtud que Holzmayer apreciaba considerablemente: jamás le había visto mirar con interés sexual a la chica, ni su trato para ella habíase excedido del de un empleado hacia una persona a quien considera por encima de él.

Pero eso era todo respecto a ambos. No se fiaba de ellos ni de nadie. No porque Yvonne o Marcel pudieran traicionar su gravísimo secreto, sino por cualquier indiscreción que causara el desastre irremediable.

Porque lo que él sabía, lo que estaba relatando en aquellas hojas mecanografiadas, era demasiado serio, demasiado trascendental para que nadie en el mundo supiera de su existencia.

Estaba terminando de escribir todo lo que constituiría un libro tan sensacional como escandaloso. El mundo iba a temblar cuando ese relato viera la luz. Estaba dispuesto a todo.

Sabía que intentarían matarle. Pero si ello sucedía cuando el libro estuviera ya en la calle, los adversarios ocultos habrían fracasado total y definitivamente, y el mundo conocería el secreto de la más terrible plaga que jamás había existido en el mundo actual: el Terrorismo.

Nadie conocía la verdad. Sólo él. E iba a hacerla pública. Nada de ir a un determinado Gobierno y contarle lo que sabía. Nada de presentarse ante unas cámaras de televisión y relatar lo que el mundo ignoraba. Las palabras se las llevaba el viento fácilmente, y era posible que antes de poder repetirlas, terminasen con su vida.

En este caso, la cosa sería diferente. Ellos podían, por supuesto, matarle a él o a cualquiera. Ellos podían hacerlo todo. Eran omnipotentes. Eran la fuerza más siniestra y terrible de la Tierra. Podían asesinar a presidentes, jefes de estado, políticos, militares, papas o filósofos. Podían provocar revueltas, guerras, atentados,

masacres. Todo.

Pero si lograba publicar el libro, todo se habría perdido para ellos. Su vida no sería suficiente para ahogar la realidad. El mundo sabría entonces. Y la cabeza del monstruo que ceñía sus tentáculos en torno a la superficie de la Tierra, reventaría en mil pedazos.

Solamente así era posible vencer, Holzmayer lo sabía. Arreglando las cosas de modo ultrasecreto, lento, sin prisas. Pero sin pausas también. Ya tenía adquirida la imprenta, tenía bajo su sueldo a un grabador, a un linotipista, a dos impresores... Todo el personal a punto.

Esperando el original completo. Entonces, se haría la impresión. En secreto. Después, se distribuiría el libro con rapidez. Un servicio de traductores de su confianza, esperaban la tarea de verter el texto a otros idiomas. El había utilizado el inglés, porque así ya tendría difusión sobrada en su edición inicial. No lo dominaba como el suyo propio, pero podía utilizarlo con fluidez para un relato así.

Esto era ya el final. Las últimas páginas del libro que sería como un *dossier* escalofriante y revelador de lo que amenazaba al mundo, y de lo que estaba sucediendo hacía ya años.

Respiró con fuerza, cuando arrancó la página del rodillo de su máquina. Esto era todo. El fin de la historia. Había desenmascarado la alucinante conspiración de unas fuerzas unidas para provocar el caos en el mundo. Ahora, podía iniciarse la última etapa. La edición secreta del libro.

Marcel golpeó suavemente en la puerta, antes de entrar. Josef Holzmayer se volvió hacia él.

—¿Qué ocurre, Marcel? —indagó.

—Es su sobrino, señor —explicó el francés—. Le llama por el radioteléfono.

—Ah, gracias —conectó el radioteléfono que acostumbraba a desconectar en su despacho del yate mientras estaba trabajando, y cuando Marcel se hubo ausentado, descolgó el aparato, preguntando:

—¿Eres tú, Rudolf?

—Sí, tío —sonó la lejana voz del joven—. ¿Todo bien a bordo?

—Perfectamente, muchacho —sonrió Josef—. He terminado la tarea.

—¿De veras?

—Ahora mismo. Te enviaré copia de ello. Conviene adoptar todas las precauciones posibles.

—Estaré esperándolo. ¿Y la edición?

—Se empezará en seguida. Creo que en una semana, tendremos el libro en la calle.

—¿Dónde iniciarás la publicación? ¿En los Estados Unidos?

—Posiblemente de modo simultáneo en los Estados Unidos, Alemania, Inglaterra y algún otro país que no tengo decidido.

—Va a haber muchas sorpresas cuando se lea tu obra, tío.

—Sí, muchas —suspiró el millonario—. Pero yo no creo que sobreviva mucho tiempo a eso, tú lo sabes.

—Tal vez no lo intenten. Para entonces, no les servirá absolutamente de nada...

—Quizás, pero aun así, querrán vengarse. No me perdonarán jamás que haya desvelado un gran secreto ante el mundo, querido Rudolf.

—Eres muy pesimista, tío.

—No. Simplemente, soy realista. No espero ya gran cosa en el mundo. Valdrá la pena dar la vida por esto, te lo aseguro. Lo importante es que ellos no se anticipen y terminen conmigo antes de que sea la hora.

—¿No tienes adoptadas las medidas de seguridad habituales?

—Oh, sí. Mis equipos funcionan perfectamente. El sonar y el radar del yate, el detector electrónico de explosivos, la zona aislada en que me encuentro, cuando todo el mundo me supone en un lugar totalmente distinto... Todo eso está medido, pero con ellos nunca se sabe...

—Bien, tío Josef. Te llamaré de nuevo cuando reciba las copias. ¿Las enviarás del modo previsto?

—No. No quiero repetir métodos. No es prudente. Ya inventaré algo. Pero a menos que esté muerto, las recibirás, no lo dudes. Hasta pronto, sobrino.

—Hasta pronto, tío. Y cuídate mucho.

—No hago otra cosa —rió, colgando el radioteléfono y desconectándolo de nuevo. Sólo su sobrino Rudolf, en quien confiaba ciegamente, conocía aquella línea especial para llamarle.

No existían números escritos ni datos. Todo lo tenía Rudolf en su memoria grabado. Y Rudolf viajaba siempre con escolta, para evitar

un posible secuestro. Aunque si alguien sospechara que él, bajo su apariencia de muchacho frívolo, mujeriego y superficial, desheredado públicamente por su tío, ocultaba en realidad un carácter serio, una inteligencia vivaz y una fidelidad a toda prueba con respecto a su tío Josef, que le hacía convertirse en su leal colaborador, es muy posible que ninguna medida de seguridad hubiese bastado para salvar su persona de la amenaza de los terroristas.

Holzmayer guardó los folios últimos en un compartimiento secreto de su cabina, y se encaminó luego hacia la cubierta, para descansar un poco, antes de comunicarse con sus impresores en el lugar secreto donde les había instalado para imprimir su obra, e iniciar la fase final del libro.

Buscó con la mirada a Yvonne, sin descubrirla por parte alguna en la cubierta del yate. El sol brillaba en todo su esplendor, y era raro que ella no hubiese continuado allí, gozando de su caricia sobre la piel bronceada.

Vio, sin embargo, el vaso de refresco las gafas de sol y la toalla, sobre las bruñidas tablas color café de la cubierta, allí donde estuviera hasta poco antes su joven amigueta.

Miró a ambos lados, para ver si nadaba en las tranquilas aguas donde permanecían anclados, como acostumbraba hacer. No la descubrió por parte alguna.

—¡Yvonne! —llamó—. ¿Dónde te has metido?

Ella no respondió. Al repetir la llamada, fue sin embargo, Marcel mismo quien asomó por la puerta de acceso a los camarotes, para mirar a su vez por la cubierta, y manifestar, perplejo:

—No lo entiendo, señor. No está abajo. No la oí descender siquiera. Tendría que estar ahí... o en el mar.

—No, no la veo —se alarmó Holzmayer—. A menos que... haya sufrido un desvanecimiento o un calambre, y haya podido...

—¡Pero hubiese gritado pidiendo auxilio, señor! —Se inquietó también Marcel. Avanzó rápido hasta la borda, se despojó de sus ropas y se lanzó a las cristalinas aguas de alta mar, sin esperar a más—. ¡Bucearé por si hallo algo, señor!

Se hundió en las aguas, rápido como una flecha. Holzmayer, mientras miraba con angustia a las aguas serenas donde parecía imposible que la atlética, joven y deportiva Yvonne hubiese podido

sufrir daño alguno de importancia, buena conocedora como era de la natación y de aquellas profundidades del Pacífico.

Nervioso, preocupado, paseó por el yate Josef Holzmayer, preguntándose qué podía haberle sucedido a su amiga, en un lugar donde las corrientes no eran fuertes, el agua era límpida, no había tiburones ni tintoreras, ni peligro alguno que pudiera influir en la suerte de un buen nadador como era Yvonne.

Distraídamente, sus ojos se fijaron en el indicador del detector de seguridad de a bordo, que debía encenderse con luz roja y emitir un sonido de alarma, cuando alguien se hallaba cerca del casco del yate, ya fuese por mar o aire. ¡No mostraba la menor señal de alarma, pese a que Marcel estaba nadando junto a la embarcación!

Presa de una repentina preocupación, Holzmayer corrió al puente, para penetrar como un alud en el cuarto de controles electrónicos, donde tenía los sistemas de detección, las pantallas de radar y sonar, y el sistema magnético de protección de explosivos.

¡Todo estaba paralizado, sin funcionar en absoluto! Una serie de circuitos y de paneles del sistema, aparecían dispersos por el suelo de la cabina.

¿Sabotaje?

Era indudable. Alguien había logrado sabotear sus sistemas de protección. ¿Marcel mismo? ¿Acaso Yvonne, antes de desaparecer misteriosamente del yate?

Holzmayer corrió a una vitrina cerrada, rompió su vidrio, y en el acto zumbó en todo el yate la única alarma que funcionaba. Extrajo del interior un poderoso fusil automático, de mira telescópica, para utilizarlo contra cualquier peligro, si es que aún era tiempo.

No era tiempo.

Cuando Josef Holzmayer cruzaba el umbral de la cabina de controles, para pisar la cubierta del yate, éste pareció de pronto reventar en mil pedazos, como si un cráter volcánico hubiese hecho erupción justamente bajo la quilla de la lujosa embarcación de recreo, y ésta saltó por los aires, en medio de una bola de fuego y humo que hizo hervir el agua en derredor.

Nadie, absolutamente nadie que estuviera a bordo, hubiese podido salvarse. E incluso quien nadara en la superficie, junto a la embarcación de Holzmayer, hubiese sucumbido forzosamente, cuando el enorme alud de maderas encendidas, llamas y fragmentos

de metal candente, llovieron sobre el agua poco antes apacible y cristalina, en un radio de varios cientos de yardas.

Allí donde antes se hallaba el yate, con su propietario a bordo, ahora solamente había unos restos que se sumergían lentamente, en medio de una espesa humareda, mientras las últimas llamas crepitaban sordamente, y el estampido de la terrible explosión, se iba amortiguando en sus distantes ecos.

El terrorismo mundial que Holzmayer había querido combatir con su astucia, su fortuna y su estrategia personal, había vencido sobre su solitario enemigo.

Una vez más, el tenebroso poder de las sombras, el que manipulaba vidas, naciones e ideologías, había derrotado a quien pretendió exterminarlo. La historia se repetía, eso era todo.

## CAPÍTULO II

Vance Rohmer contempló su artículo de primera plana con cierto interés. Los titulares eran también obra suya, aunque habían resultado laboriosos de insertar, a causa de la diferencia de opinión con su director.

Ahora, esos titulares encabezaban la información sobre la muerte de un hombre tan rico e importante como Josef Holzmayer, el investigador sociológico desaparecido en el siniestro de su yate en el Pacífico, cerca de las Islas Hawaii.

FAMOSO INVESTIGADOR Y MILLONARIO DESAPARECIDO.  
SE LE SUPONE MUERTO EN EL DESASTRE DE SU YATE.  
¿ES CIERTO QUE PRETENDIA VENCER AL TERRORISMO  
MUNDIAL, CON UNA ASOMBROSA TEORIA, Y ESTE FUE MAS  
FUERTE QUE EL? SI ESO ES CIERTO, ¿HASTA CUANDO VA  
A CONTINUAR EL MUNDO ASI?

No, a su director no le había gustado nada que involucrase al terrorismo mundial en el asunto. El aseguraba que no había la menor evidencia de que Holzmayer se hubiera enfrentado realmente a ninguna organización terrorista, salvo ciertos rumores y sospechas sin confirmar. Por otro lado, no quería que su propio rotativo, fuese alguna vez incluido en la lista negra del terrorismo.

Pero Vance Rohmer era hombre independiente, obstinado de ideas, y nada dado a ceder en su terreno. Como importante redactor y columnista del periódico, tenía sus propias ideas, y no le gustaba que se opusieran a ellas.

El teléfono sonó. Estiró el brazo, descolgándolo con indolencia, sin quitar sus ojos de la portada del periódico.

—Rohmer, del *Globe* —dijo—. ¿Quién llama?

—Soy yo, querido —sonó una voz femenina, llena de jovialidad.

—¡Sybil, preciosa! —exclamó él, sorprendido—. Te creí de viaje, con tu tío...

—A última hora, he decidido quedarme aquí y dejar que tío Alex viaje solo. No me seducía nada la idea de ir a las Bahamas.

—Pues es un bonito lugar —ponderó Vance, sonriente.

—Aun así. Prefiero estar cerca de ti. He leído tu artículo, querido.

—Vaya, ¿y eso te ha convencido para quedarte? —rió él.

—Bueno, no, pero... Verás, a tío Alex no le gustó nada.

—¿Ah, no? —Vance enarcó sus cejas—. Bueno, tampoco al «viejo». Ya sabes, a mi jefe supremo.

—Tío Alex no sé preocupa casi nunca de esas cosas. Pero dijo que no debías mezclarte en asuntos de este tipo, como el terrorismo.

—¡Vaya con tu tío! ¿Y qué cree él que hice cuando estuve en Oriente Medio, e informé sobre los atentados del Frente de Liberación Palestino en Jerusalén, o en los ataques de comandos israelíes en territorio libanés, pongamos por caso? ¿Y cuando me enviaron de reportero a aquel país donde una organización nacionalista-separatista asesinaba a mansalva y en nombre de no sé qué privilegios ancestrales que ya nadie recordaba? ¿Todo eso no es terrorismo, Sybil querida?

—Claro, Vance. Ya se lo dije a tío Alex, pero él dijo que era diferente.

—¿Diferente? —Vance puso gesto de estupor—. Diferente, ¿en qué? Si un explosivo, como parece ser, detonó en el yate, de Josef Holzmayer, asesinando a éste y quizás a sus acompañantes... ¿eso qué es? Creo que todo es terrorismo internacional.

—Bueno, yo no entendí bien a tío Alex, pero nos enfadamos un poco, y él se puso algo terco. Entonces me negué a ir de viaje. Pareció muy disgustado, y luego trató de suavizar las cosas, pero yo también tengo mi carácter, y me mantuve en mi postura. Tuvo que irse solo, eso es todo.

—Tu tío tiene demasiado dinero —rió Vance entre dientes—. Los grandes magnates, rara vez gustan de complicarse la vida en

nada. Y como sabe que vamos a casarnos dentro de poco, no quiere que sea yo quien te complique a ti la existencia que él te ha facilitado tan amable y llena de venturas.

—No seas tonto —ella también se echó a reír—. Bueno, Vance, ¿cuándo nos vemos?

—Sabiendo que sigues en la ciudad, el tiempo se me hará un siglo. Sólo tengo que escribir un par de crónicas para la próxima edición, una de ellas ampliando informes sobre la muerte de Holzmayer-Mira, aquí me traen ahora las noticias llegadas por télex desde Honolulu. De modo que escribo todo eso, y me reúno contigo. ¿Donde siempre?

—Donde siempre, sí. No tardes. Pongamos... ¿a las seis en punto?

—A las seis en punto —corroboró Vance, tras consultar su reloj con rapidez, y ver que aún no eran las cuatro y media—. Hasta luego, cariño.

—Hasta luego, Vance. Y ten cuidado con lo que escribes, si realmente tío Alex tiene algo de razón en todo eso, y resulta peligroso ser demasiado audaz.

—Ser audaz, siempre resultó peligroso en todos los lugares y épocas —comentó Vance—. Pero alguien tiene que serlo alguna vez, o las cosas nunca cambiarían.

Colgó, quedándose pensativo. Meditaba sobre la actitud de Alexander Scott, el millonario industrial de los plásticos, tío de Sybil, su prometida. Ciertamente que todos los hombres de su situación social y económica acostumbraban ser conservadores y prudentes en sumo grado.

Siempre había sido así. Pero resultaba una reacción poco previsible, dada la ambigüedad con que él se refería al terrorista en sí.

Volvió a releer los titulares, la crónica, y subrayó, mecánicamente, con rotulador rojo, las palabras que podían haber inquietado o molestado tanto a tío Alex como al «viejo».

*«Terrorismo mundial organizado..., los hilos de las marionetas que matan y destruyen en todas las latitudes..., profesionales del crimen pagados, ¿por qué o por quién...?, tentáculos de un monstruo sin cabeza*

*visible...».*

Todo ello podía significar algo por sí mismo. En realidad, no eran siquiera ideas suyas. Se había sustentado en teorías que un día expuso el propio Josef Holzmayer, la víctima del atentado del Océano Pacífico, en una conferencia dada en Alemania Federal, con motivo de los crímenes de cierta banda temida e implacable, que buscaba el fin del sistema mediante el terrorismo desatado.

Ese día, Holzmayer había hablado de todo eso que repetía Vance en su crónica, con idénticas palabras. El era un periodista serio y minucioso, con un amplio archivo al cual recurrir en cada caso. Huía del fácil sensacionalismo, de la «prensa amarilla» o del reportaje de mal gusto.

El primer informe era escueto:

«MILAGROSAMENTE. SOBREVIVIERON A LA CATASTROFE DEL YATE Y DE HOLZMAYER SU AMANTE, YVONNE JORDAN Y SU SECRETARIO PARTICULAR, MARCEL DUPREZ. AMBOS HAN SIDO CONDUCTOS A HONOLULU POR UN HELICOPTERO, Y PERMANECEN HOSPITALIZADOS».

Otra noticia de teletipo era menos optimista:

«JUNTO CON JOSEF HOLZMAYER, HAN HALLADO LA MUERTE EN SU YATE EL MARINERO FRED BORMAN Y EL PILOTO HANS RUTTER SE HAN ENCONTRADO RESTOS HUMANOS QUE PUEDEN CORRESPONDER AL PROPIO HOLZMAYER».

Con esas noticias y su idea previa, comenzó a preparar con rapidez el reportaje que continuaría con la información sobre la misteriosa explosión ocurrida a bordo del yate anclado en alta mar, y que tenía todas las trazas de ser un acto de sabotaje encaminado precisamente a lo que ya había ocurrido: el fin de Josef Holzmayer, un hombre peligroso sin duda para ciertas personas.

Vance terminó en breve plazo su trabajo, aunque tuvo que

consultar de nuevo sus archivos, en busca de más amplia información sobre la persona de Holzmayer. Estaba ya a punto de arrancar del rodillo de su máquina el último folio, cuando uno de los muchachos encargados de llevar y traer toda clase de cosas en la redacción, asomó por la puerta discretamente.

—Señor Rohmer, tiene una visita. Dice que es importante. Y también urgente.

—¿Una visita? —Vance torció el gesto, ligeramente contrariado—. ¿Quién es?

—No le he visto nunca anteriormente por aquí, si se refiere a eso, señor, pero él me ha dicho que se llama Brown y que su información puede ser de suma trascendencia para usted y para el periódico.

—¿Brown? ¿Nada más?

—Nada más, señor Rohmer.

—¿Cómo es él? —recordó que debía desconfiar de todo el mundo. Incluso su prometida le había hecho una advertencia en ese sentido.

—Alto, de pelo muy blanco y gafas redondas, oscuras. Lleva barba recortada, también muy blanca, y camina algo encorvado. Lleva bastón.

—Ya —Vance frunció el ceño—. No me dice nada todo eso. Pero que pase.

El muchacho se ausentó. Regresó con el caballero ya descrito, que se ajustaba con toda exactitud a lo referido por el joven, y se ausentó, tras dejar al visitante en el umbral, frente a Vance Rohmer.

—¿Señor Brown? —indagó Vance—. Sírvase tomar asiento, por favor. Y le ruego sea lo más breve posible. Tengo mucho trabajo, y muy poco tiempo disponible.

—Lo imagino, señor Rohmer —habló el visitante con voz cascada—. ¿Podría usted bajar las persianas sobre esas vidrieras, por favor? Preferiría que nadie nos viese mientras charlamos.

—Los paneles son a prueba de ruidos, señor Brown —dijo Vance, cada vez más desconfiado—. No se precisa esa precaución, si su informe es confidencial.

—Lo es. Pero también mi visita debe ser confidencial. He de mostrarle algo ahora, que nadie debe ver. Insisto en que baje las persianas, se lo ruego.

Vance sentía aumentar sus recelos, pero hizo caso al visitante, que se acomodaba ya pesadamente en un asiento, frente a su mesa. Podía ser todo una trampa, y en cuanto se hallasen aislados del resto del personal de redacción, en el despacho encristalado, el tal Brown podía matarle impunemente con algún arma silenciosa. Pero trató de no dramatizar, e hizo descender las persianas blancas, cerrando sus graduables láminas a tope.

—¿Satisfecho? —preguntó, algo seco.

—Sí, gracias. Un ruego más: cierre la puerta con pestillo, por favor. No quisiera que nadie nos interrumpiese.

—Señor Brown, le repito que mi tiempo es muy breve —se impacientó Vance—. No puedo concederle más allá de unos pocos minutos y...

—Será suficiente, señor Rohmer —sonrió el hombre apaciblemente—. La puerta, se lo suplico. Es importante, lo sabrá en seguida.

Vance resopló. Pasó el pestillo, con cierto enfado. Miró huraño a su visitante.

—¿Ya está todo? —Gruñó.

—Creo que sí —el otro volvió a sonreír, se inclinó hacia él y musitó—. Naturalmente, mi nombre no es Brown, señor Rohmer.

—¿Ah, no? —Vance enarcó las cejas—. ¿Cuál, entonces?

—Holzmayer —suspiró el anciano de cabellos blancos—. Rudolf Holzmayer. Soy el sobrino de Josef Holzmayer.

Y se despojó, con toda tranquilidad, de la excelente peluca blanca, la barba postiza, los lentes negros e incluso unas gomas que, dentro de su boca, deformaban su rostro. Sólo quedaron surcos arrugados, sin duda hechos con materia plástica de caracterización teatral, de la que no se despojó, por ser luego un mal irreparable para salir de allí como el supuesto señor Brown.

—Vaya... —resopló Vance, mirándole perplejo—. De modo que era eso...

—Sí. ¿Entiende ahora mis precauciones? No debe nadie ver esto.

—Sí, claro que entiendo— observó detenidamente la jovial apostura, el rostro de hombre no mayor de treinta años, bajo los afeites y postizos utilizados—. ¿Por qué todo esto, señor Holzmayer?

—¿Y aún lo pregunta? No quiero terminar como mi tío Josef.

—¿Teme por su vida?

—Por supuesto. Si me localizan, soy hombre muerto.

—Si le localizan ¿quién? —Se inclinó Vance hacia adelante, con avidez.

—Oh, eso es muy complejo —sacudió la cabeza, riendo—. Puede ser cualquiera. Pero en todo caso, siempre será un asalariado un profesional o un fanático de cualquier tipo. Podría matarme un portorriqueño enloquecido, un chicano tratado injustamente, o un pistolero de la Mafia. El ejecutor no importa. Es el que está detrás quien importa. Y de éstos no se sabe nunca nada. Ellos manipulan a sus peones, mueven sus marionetas a su antojo. Nadie sabe, cuando llevan a cabo un acto, así, a quién sirven realmente. Detrás de muchas reivindicaciones sociales, raciales, étnicas o políticas, está siempre el mismo sistema oculto.

—¿El terrorismo organizado?

—Eso es. El terrorismo mundial. La hidra de mil cabezas —suspiró Holzmayer—. Yo no llegué a creer eso nunca... hasta que tío Josef fue asesinado. Ya poco antes, habían empezado a convencerme sus teorías. Su muerte fue la prueba que faltaba. Ellos le mataron. Estorbaba.

Sabía demasiado, había ido demasiado lejos.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es cierto lo que se rumorea, señor Vance. El escribía un libro. Un libro explosivo que hubiera hecho mucho daño a la organización mundial del terrorismo. Tenía evidencias, pruebas, informes... Su teoría era cierta. Lo llevó todo muy secretamente. Iba a editar ese libro de forma ignorada por todos. Aun así, le sorprendieron y eliminaron. Eso es lo malo de ellos. Que pueden filtrarse por todas partes. A su lado, la Mafia es un juego de chiquillos, señor Rohmer.

—Sí, lo imagino —Vance miró largamente a su visitante—. Y ese libro, ¿dónde se encontraba cuando él fue asesinado?

—A bordo del yate. Allí tenía el original.

—¿Completo?

—Completo, sí.

—Entonces, no hay esperanzas de recuperarlo. Se habrá destruido.

—No del todo.

—¿Qué quiere decir?

—Existe una copia. Pero no del original completo, sino de unas dos terceras partes del mismo. La última parte acababa de terminarla cuando volaron su yate. No tuvo tiempo de sacar copia alguna. Se perdió con él para siempre.

—¿Cómo sabe que del resto del original de su tío sí hay una copia?

—Porque la tengo yo —dijo apaciblemente Rudolf Holzmayer.

—Cielos... —Miró atónito a su interlocutor—. ¿Eso es cierto?

—Totalmente cierto.

—¿Y por qué me lo dice a mí, señor Holzmayer?

—Porque he leído su artículo. Usted sabe lo que pensaba mi tío. Y se ha atrevido a publicar ciertas cosas que pueden irritar a algunos.

—Ya me lo han dicho, pero yo no sé nada. Sólo imagino, deduzco...

—Son deducciones peligrosas, señor Rohmer. Hasta ahora, nadie se ha atrevido a afirmar públicamente, en letra impresa, que los comandos terroristas de cualquier nación o sistema, están pagados y armados por una misma mano oculta. Eso sería ir demasiado lejos. Los terroristas creen de buena fe que defienden tinos derechos inalienables, que luchan por sus ideales y por sus convicciones. Si se les llegase a convencer de que están engañando miserablemente A TODOS ELLOS, y que un mismo sistema oculto, una mano secreta, un cerebro único, les guía y dirige a su antojo, quizás ese terrorismo a escala mundial recibiría un golpe de muerte.

—Yo no he llegado a afirmar tanto.

—Pero lo ha sugerido. Y eso puede hacer pensar a muchos. El terrorista no es siempre simple carne de cañón, sino que en muchas ocasiones se manipula a universitarios, a personas cultas o inteligentes, si bien los más fáciles de convencer y manejar son, evidentemente, las personas sin demasiada preparación ni coeficiente intelectual, porque éstos harán todo lo que se les diga, ciegamente. Bastaría que muchos de esos idealistas empezasen a comprender que no son sino muñecos manipulados por altos designios a escala internacional, para que se volvieran contra sus ocultos amos, negándose a continuar una lucha que no les beneficia a ellos, sino a sus misteriosos patronos.

—¿Ésa era la teoría de su tío?

—Eso era, exactamente.

—¿Y usted está dispuesto a hacer algo con ese original incompleto?

—Para ello estoy aquí, señor Rohmer.

—Me temo que sea una excesiva responsabilidad para mí. Soy un simple periodista. ¿Por qué no ofrecérselo al Gobierno, para que éste lo haga público a escala mundial?

—Usted no conoce a los gobiernos, ni siquiera al suyo propio —rió entre dientes Holzmayer—. Hay en ellos personas honestas que actuarían limpiamente. Pero los engranajes de esa máquina están sucios. Hay piedrecitas y polvo entre ellos. Detendrían su marcha antes de que se pudiera hacer publicidad alguna de esa realidad.

—¿Hay gobiernos involucrados en eso?

—No lo sé. Mi tío lo sabía. Puede haberlos, ¿por qué no? Se manejan tantos miles de millones de dólares, tanto oro, tanto poder y tantos recursos... Sinceramente, no sé quiénes están detrás de todo eso. Pero aun así, mi vida peligra, como peligrosaba la de mi tío.

Oficialmente, estoy ausente de mi residencia en Alemania, y nadie conoce mi paradero. Si he venido aquí, a residir un tiempo, es para desorientar a mis posibles perseguidores. Creo que el anciano señor Brown no será objeto de sospecha alguna, pero eso tampoco es seguro, ni mucho menos.

—Bien, ¿y qué piensa hacer con ese manuscrito?

—Entregárselo a usted, señor Rohmer.

—Cielos... ¿Espera que lo publique en mi periódico? Nos volarían por los aires antes de entrar en máquina, estoy seguro.

—Yo también —sonrió amargamente Holzmayer.

—¿Entonces...?

—Tendrá que ser solamente depositario de esa copia, e ingeniárselas para que nadie sospeche jamás que la posee usted. Si logra ver la forma de hacer pública la obra, hágalo. Si no, espere su momento.

—Imagine que, realmente, ellos saben que usted es el supuesto señor Brown. Y que le han seguido hasta aquí. Usted se marcha. ¿No pensarán, en buena lógica, que ha venido a entregarme a mí esa copia?

—Sí, por supuesto.

—Cielos, ¿y quiere que ellos piensen eso? ¡Es como enviarme

directo a la fosa!

—Señor Rohmer, he adoptado toda clase de precauciones —sonrió Holzmayer—. Ellos buscarán una posible copia de ese original. Y la encontrarían en el lugar donde resido actualmente. Ello les haría comprender que no he venido a entregarle nada, sino solamente a pactar algo, o cosa así.

—Entonces, no va a darme esa copia inmediatamente...

—Se equivoca. Se la voy a dar ahora.

—¿No dice que la tiene en su actual domicilio?

—Allí tengo la copia que mi tío me envió. Usted recibirá... una copia microfilmada de la misma. Página por página, lo tiene todo aquí, señor Rohmer.

Y con absoluta tranquilidad, tras comprobar que no había ni una simple rendija en las láminas graduables de las persianas, extrajo de su bastón la empuñadura, y volcó la caña vacía sobre la mesa del reportero.

Un tubo metálico, herméticamente cerrado, del tamaño del estuche de un cigarro habano, rodó por la mesa. Vance lo contempló como si fuese un recipiente de nitroglicerina o algo así.

—¿Está... ahí? —musitó.

—Exacto. Está ahí. Lo que contiene es, realmente, un cigarro habano de la mejor calidad.

Pero de eso, sólo tiene la envoltura. Debajo de las primeras hojas de tabaco, está el microfilme enrollado. Son trescientas cincuenta páginas microfilmadas en doble imagen de dos páginas por fotograma. Creo inútil decirle que si esa copia se pierde o destruye, virtualmente no nos quedará nada en absoluto de la obra de mi tío Josef. Porque la copia que yo guardo conmigo es de bastante más volumen, y no les resultaría nada difícil dar con ella.

—¿Espera que me haga cargo de esto?

—Sé que lo hará. Comprenda que aunque no lo haga, si descubren mi real identidad seguirá usted igualmente comprometido en todo el asunto.

—Sigo preguntándome por qué me eligió a mí —gruñó Vance, ceñudo.

—Ni yo mismo lo sé —se encogió de hombros el joven Holzmayer—. Tal vez sea porque usted es el único periodista que ha tenido el valor de sugerir la naturaleza real del terrorismo que

pretende resquebrajar el sistema mundial y el equilibrio de las naciones. Muy equivocado tendría que estar yo, si me equivocase con usted en este aspecto, señor Rohmer. Creo que es audaz, decidido... y que este caso podría ser su consagración como el mejor periodista del mundo.

—Y también podría ser tan sólo mi pasaporte fulminante al otro mundo.

—Usted sabe que sí. Yo, también. Pero de todos modos, vale la pena intentar la lucha, aunque sólo haya una posibilidad entre mil de salir triunfante, ¿no cree? Es lo que pensaba mi tío Josef.

—Y ahora, su tío Josef está muerto.

—Muy cierto. Como pasiblemente lo esté yo, no tardando mucho. Pero aun entonces, quedará usted, señor Rohmer. Y confío en que sea más listo y audaz que nosotros.

—Frente a un adversario así, ¿servirá de algo la audacia y la astucia?

—Quizás no. Pero puede intentarlo. Ya ha inscrito usted su nombre, aun sin quererlo, en la lista negra de los terroristas. No de los ejecutores, claro está, porque usted no significa nada para un palestino fanático, un israelí violento, un fascista agresivo o un comunista armado, pero sí para quien manipule a ese terrorista determinado, haciéndole creer que usted, Vance Rohmer, es un peligro para Israel, los países árabes, el comunismo internacional, el neo-nazismo o los racismos virulentos. Bastará eso, para que usted sea ejecutado inmediatamente por el comando elegido como el más idóneo.

—Empieza a asustarme, señor Holzmayer.

—No lo pretendo. Le digo solamente la cruda verdad. Yo... ya estoy asustado desde hace tiempo —recogió lentamente sus postizos, y comenzó a aplicárselos de nuevo, concienzudamente, hasta que la transformación fue completa, y el anciano señor Brown reapareció ante él, tal como llegara—. Bien, señor Rohmer. Decida pronto. Si no quiere mezclarse en esto, me llevaré ese cilindro conmigo. Si acepta... sepa el riesgo que correrá de aquí en adelante. Pero no sólo servirá a su profesión y a su conciencia de hombre honrado, sino que podrá hacer al mundo un favor inapreciable y magnífico.

Vance dudó unos instantes. Su mirada se mantuvo fija en su

interlocutor, ya puesto en pie, pendiente de su decisión.

Luego, sus dedos rozaron el cilindro de metal color aluminio. Las dudas se disiparon bruscamente. Cerró los dedos en torno al objeto, y lo guardó con rapidez en su gaveta, junto a unos paquetes de cigarrillos y una caja de habanos empezada, que habitualmente utilizaba con ciertos visitantes.

—Está bien —resopló con energía—. Creo que estoy rematadamente loco, señor Holzmayer. Pero seguiré con esto adelante. Me quedo con ese microfilme... y que Dios me ayude.

—Va a necesitarlo, ciertamente —le tendió la mano, con una sonrisa. Tras apretar la de Vance con energía y cordialidad, buscó algo en los bolsillos de su gabán negro. Luego, puso otro objeto sobre la mesa de Vance—. Tome esto.

—¿Qué es? —Rohmer contempló, perplejo, un bello juego de pluma y pitillera de otro, con sus iniciales grabadas.

—Ya lo ve: un obsequio —sonrió Holzmayer—. Imaginé que aceptaría. Por eso venía ya preparado. Incluso hice grabar sus iniciales previamente. Son realmente una pluma y una pitillera de oro. Pueden hacer sus funciones como tales. La pitillera lleva incorporado un encendedor electrónico. Pero le bastará cambiar de posición el graduador de la llama, para que se convierta esa bella cajita en un explosivo plástico de gran potencia, que estallará solamente treinta segundos después de manipularlo usted. Treinta segundos, no lo olvide.

—Un explosivo... —Vance enarcó las cejas—. ¿Y la pluma?

—Realmente, escribe. Y escribe bien —rió Holzmayer—. Pero tiene otro uso más práctico, si se ve en dificultades. Un giro completo al aro que rodea la pluma, convierte a ésta en una pequeña pistola de proyectiles diminutos, pero tremendamente eficaces, puesto que son balas que estallan con potencia, una vez herida la persona elegida, causando grandes destrozos internos. Utilice ambas cosas cuando no tenga otro remedio, amigo mío.

—Éstos son útiles de espías, no de periodistas... —objetó Vance.

—No le quepa duda de que va a ser tratado como tal, cuando se enfrenten a usted sus enemigos. Adiós, y buena suerte.

Abandonó el despacho con paso apacible. Vance Rohmer le vio partir, con expresión perpleja. Recogió ambos objetos y los guardó sobre sí, no sin antes llenar de cigarrillos la pitillera, y probar el

encendedor interior como tal. Examinó el pequeño resorte que podía convertir aquel bello objeto en un arma mortífera, y luego hizo lo mismo con la pluma, antes de ajustarla a su bolsillo superior.

Respiró hondo. Las manos le temblaban ligeramente. Consultó su reloj. Se había hecho tarde, con la visita de Rudolf Holzmayer a la redacción. Dio los artículos a un muchacho, para su entrega a la linotipia, y luego partió, tras recoger el estuche del cigarro donde iba el microfilme de Holzmayer.

Subió a su coche, partiendo con rapidez hacia el Rockefeller Center, donde se citaban habitualmente Sybil y él.

Cuando llegaba a las proximidades, era la hora fijada para la cita. Sólo sobrepasaba en un par de minutos escasos la misma. Se había apresurado a cruzar el denso tráfico de Manhattan a aquellas horas de la tarde.

Antes de alcanzar el punto exacto donde Sybil esperaba en su coche, observó la presencia de coches-patrulla de policía, grupos de curiosos en gran cantidad, y la elevación de una densa nube de humo negro entre los edificios. Alarmado, detuvo el coche, bajó de un salto y corrió hacia la zona. Un agente uniformado le interceptó. La zona estaba acordonada.

—¿Qué sucede, agente? —preguntó con voz ronca—. Tengo que pasar, me esperan...

—Lo siento, señor. Nadie puede pasar ahora. Son órdenes.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ocurre?

—Ha ocurrido ya, señor. Hubo una manifestación de protesta por los derechos humanos.

Alguien lanzó un explosivo, y debió inflamar el combustible de un coche, en el aparcamiento central. Lo cierto es que el automóvil estalló en el acto... y hay una víctima.

—Una víctima... —Pálido, Vance notó que temblaba convulsivamente de pronto—. ¿Qué clase de coche fue alcanzado? ¿Quién es la víctima, agente?

—Era un deportivo rojo, señor. La víctima era una mujer joven... Según sus documentos, se llamaba Sybil Scott. Murió instantáneamente, señor...

## CAPÍTULO III

Sybil Scott. Su prometida. Muerta.

Muerta por un explosivo ridículo, quizás un «cóctel Molotov». Es lo que decía el informe oficial de la policía. La gasolina debió inflamarse y estallar en el depósito, provocando la tragedia.

Vance sabía que eso era mentira. No podía ser casualidad. No fue tal accidente, a causa de un explosivo casero. Quizás existió esa botella con líquido inflamable, pero antes alguien habría puesto una carga explosiva adosada al coche, que estalló por simpatía. Estaba seguro de ello. Era un asesinato. Un vil y frío asesinato, como tantos otros producidos en falsas manifestaciones de protesta.

Los componentes de la manifestación se habían dispersado. Nadie sabía quién arrojó el explosivo al coche. Ni se sabría. En su mayoría, dijeron algunos testigos, eran gente de color, negros y mestizos sureños. Eso importaba poco. Muchos de ellos habrían sido convocados por cualquier organización, y sólo pretenderían expresar una protesta que les afectara a ellos.

Pero un elemento, uno solo infiltrado en el grupo, era suficiente. Y el terror se mostraba en toda su cruda y feroz expresión.

Así, súbitamente, ya había empezado a pagar su tributo a la osadía. No era él quien había muerto, sino ella, Sybil...

Con un nudo en la garganta, los ojos húmedos y enrojecidos, la boca crispada, Vance Rohmer asistió al instante de ser conducido el cadáver de Sybil a la ambulancia. Era reconocible la bella muchacha, aun con los destrozos de la explosión. Sus puños se apretaron, coléricos.

—Malditos asesinos... —jadeó roncamente, encajando sus mandíbulas con fiereza—. Si pudiera tener un solo instante entre mis manos o quien arrojó esa botella inflamable o a quien puso el

explosivo en el coche...

Luego, las puertas de la ambulancia se cerraron. Partió el vehículo hacia la Morgue. Era el fin de una vida, joven y esperanzada, llena de ilusiones y de vitalidad. Y algo más también.

Era el fin de un futuro que él imaginó hermoso para ambos. El fin de un idilio y de un hogar aún no creado. Todo eso significaba el alejamiento definitivo de Sybil, hacia un lugar del que ya jamás se regresaba...

Vance Rohmer inclinó la cabeza. Caminó por la acera como un ser perdido en un mundo que desconocía. Una voz dijo cerca de él con tono amable:

—Lo siento de veras. Soy el teniente Gordon, de la policía metropolitana.

Borrosamente, Vance miró al hombre que le hablaba. Vislumbró una gabardina color marrón y unos cabellos grises y revueltos sobre un rostro ancho y macizo.

—No basta con sentirlo, teniente —dijo agriamente—. Hay que encontrar al culpable o culpables. Ésa es su tarea, ¿no?

—Claro —suspiró el policía—. Sé cómo debe sentirse. Pero estas cosas no son fáciles.

Nunca lo son.

—¿Cree que eso va a consolarme ahora?

—No, claro que no —respondió el oficial—. Pero es la verdad. Siempre ocurren cosas parecidas. Un grupo de gentes que protestan y alborotan, y de repente ocurre algo violento, algo desagradable. A veces son sólo destrozos, un pequeño incendio, algún herido. Otras veces es algo peor. Como ahora...

—Y ustedes, ¿no controlan las manifestaciones públicas, teniente? —Le miró con frialdad Vance.

—Claro. Ésta no tenía autorización. Por eso fue dispersada. No se pudieron practicar detenciones, sin embargo. Se escaparon como liebres al ver estallar el coche. Pero habrá detenidos, eso seguro.

—Sólo que ninguno sabrá decir quién arrojó el «cóctel Molotov», ¿no es cierto?

—Eso me temo —le estudió largamente, en silencio—. Usted es periodista, ¿verdad?

—Sí. Del *Globe*. Pero no vine aquí por eso. Ella era mi prometida. Íbamos a casarnos.

—Lo sé. Por eso le dije que lo sentía. Vivimos épocas difíciles en todo el mundo. La juventud protesta siempre, crea conflictos, provoca violencias...

—Esos jóvenes no son culpables. Lo son quienes les lanzan a la calle, teniente.

—Claro. Pero ésos nunca dan la cara. No se les puede arrestar. Ni siquiera sabemos quiénes son. Hay dirigentes sindicales, hay partidos políticos, pero tampoco ellos pueden ser acusados sin pruebas.

—Suponiendo que sean ellos, realmente, quienes dirigen a los manifestantes.

—¿Quiénes, si no?

—Ésa es una bonita pregunta... si tuviera una posible respuesta, teniente —cortó Vance con acritud—. Yo sé que mi novia no murió por una simple violencia juvenil. Fue un asesinato deliberado.

—¿Qué dice?

—Examinen a fondo los restos del coche. Hallarán rastros de un explosivo, posiblemente plástico. Estoy seguro de ello, teniente. Todo se estudió previamente.

—Pero ¿por qué? ¿En qué funda esa sospecha?

—Lea el periódico de hoy y lo sabrá. Allí dije algo que me ha marcado para determinadas personas. Me temo que a partir de ahora, también mi vida peligrará. Si me ve muerto por algún desdichado «accidente», no se lo crea. Me habrán hecho asesinar porque estorbo a alguien. La muerte de mi prometida es sólo un aviso, una criminal advertencia de esos bastardos...

—¿Quiere presentar una denuncia formal en este sentido? —le sugirió gravemente el policía.

—Una denuncia... —dijo con amargura Vance—. ¿Qué ganaría con ello? Sería como patear estúpidamente. Ni usted ni nadie harían pagar jamás al verdadero culpable de esto.

Pero juro que, si vivo para conseguirlo, yo me tomaré mi revancha, llegado el momento.

—Tenga cuidado. No se puede uno tomar la justicia por su mano. La venganza, si no hay pruebas contundentes que demuestren que obró en legítima defensa contra un criminal, puede costarle muy cara. Y eso no sería justo. Pero la ley no entiende de sentimentalismos, se lo aviso.

—Ya no queda sentimentalismo en mí, teniente —rechazó Vance duramente—. Sólo odio.

Odio y afán de venganza. Pagaré el precio que sea muy a gusto. Pero si no me eliminan antes, esté seguro, de que, ocurra lo que ocurra, mataré a alguien, teniente. Mataré con mis propias manos a quien le hizo eso a Sybil Scott. Lo juro.

Y se alejó, con rápida zancada, dejando perplejo y ceñudo al oficial de policía de la ciudad de Nueva York. Subió a su coche, tras mirar en derredor y ver que nadie le observaba con especial interés, aunque eso nunca se podía saber a ciencia cierta con enemigos como aquéllos.

Partió de la zona donde había esperado reunirse con Sybil para pasar un rato agradable, contemplando sus bonitos ojos azules y su ingenua y dulce sonrisa. Ya nunca más habría luz en esos ojos, ni la sombra de una sonrisa en sus labios yertos y fríos.

Se encaminó a través del denso tráfico, en dirección a la Morgue. Antes de volver al periódico, quería ver una vez más el cuerpo sin vida de Sybil Scott. Seguramente sería la última vez que pudiera hacerlo ya.

\* \* \*

—Son dos malas noticias las que tengo para ti, Vance.

Rohmer miró fijamente a su amigo y jefe de redacción, Alan Mallory. El gesto de éste era sombrío mientras le devolvía unas galeradas.

—¿Qué noticias son éstas? —quiso saber Vance, con su voz más abrupta—. Creo que no pueden resultar peores que la que hoy recibí ante el Rockefeller Center, Alan.

—Lo sé, amigo mío —entornó los ojos Mallory, eludiendo su mirada—. Esto es otra cosa.

Pero resulta inconcebible que conociendo lo sucedido, una persona pueda obrar así.

—Termina de una vez. ¿A qué te refieres?

—Es el «viejo». Ha devuelto tus galeradas del artículo recién escrito. Dice que no puede publicar eso. Que no aparecerá en el Globe, digas lo que digas.

—Entiendo —tomó las hojas impresas y las estrujó entre sus

dedos—. No me sorprende demasiado. Esperaba algo así. Pero al menos, lo intenté.

—Hay algo más. El «viejo» ha decidido que abandones Nueva York por un tiempo.

—¿Qué? —Vance alzó la cabeza, mirando con asombro a Mallory—. ¿Eso dijo?

—No quiere que faltes a los funerales de tu novia y todo eso. Puedes permanecer aquí hasta el próximo lunes. Luego, partirás con una corresponsalía.

—¿Yo, corresponsal? ¿Dónde?

—En África. Hay allí una zona conflictiva ahora, y el «viejo» ha pensado que...

—Dile al «viejo» que se vaya al diablo —cortó fríamente Vance.

—Por Dios, Rohmer, ¿qué dices? Ya conoces su carácter...

—Y tú conoces el mío. Se ha terminado —se puso violentamente en pie, y de un manotazo limpió su mesa, llenándose el despacho de papeles flotantes, que fueron cayendo mansamente al suelo, como una blanca hojarasca otoñal—. Dile que me despido. Me voy. Ahora mismo.

—¡No puedes hacer eso! —clamó Mallory—. Sabes que todos estamos contigo y que...

—Eso no resuelve nada. Estoy harto de buenas palabras, de conformismos y de estupideces que no conducen a nada. Agradezco tu interés y el de otros colegas, pero no soporto al «viejo», ni admito esa absurda corresponsalía donde puedo dejar de ser un estorbo para su política, ni mucho menos aguanto, ya que una crónica mía se me prohíba sin motivo ni razón. Escribí eso cuando acababan de matar a Sybil.

—Lo sé, Vance, y también lo sabe el «viejo» —trató de calmarle Mallory—. Dice que es demasiado virulento, que hablas de cosas que nadie puede probar y que...

—Escucha ahora esto, Mallory, y díselo de mi parte al «viejo», Dile que sé por qué obra así. O tiene miedo, o sabe lo que sucede, y se convierte en un cómplice más, en esta conspiración de silencio que países, gobiernos e instituciones mantienen desde hace años en torno a la verdad auténtica del terrorismo. Yo no pienso seguir amordazado. Ahora sé que Holzmayer tenía razón, y sé que la tengo yo. Eso me basta. Lucharé solo. Pero lucharé. Y nadie va a

mediatizarme, ni siquiera este diario.

—Vance, debes reflexionar. No te dejes llevar por tus sentimientos, y...

—No me dejes llevar por nada que no sea un sentimiento de estricta justicia. La policía no ha encontrado ni encontrará nunca al tipo que arrojó el explosivo al coche de Sybil. Tampoco al que puso una carga plástica bajo el vehículo, extremo que ya ha sido comprobado. Esa clase de cosas nunca se aclaran. Son simplemente incidentes aislados, violencias que no se resuelven, actos terroristas que pronto se olvidan en el alud de noticias desagradables de nuestra época. No, Mallory. Se acabó. No soporto más corrupción ni cobardía. Me voy. Está decidido.

Cogió su gabardina, y se encaminó a la puerta del despacho. Mallory, atónito, trató de calmarle todavía:

—Espera un momento. Iré a decirle al «viejo» lo que has decidido. Tal vez se vuelva atrás.

—No. Ya no. Es tarde para eso. No me humillo. No cedo.

—Vance, tienes que pasar por caja, cuando menos. El periódico te debe dinero...

—Envíamelo a casa, si te parece. No pienso volver por aquí.

—Por Dios, razona, Vance. Eres un periodista conocido. Pero esto te cerrará todas las puertas. El «viejo» tiene influencias. Te hará la vida imposible...

—No creo que pueda —rió burlonamente Vance, ya en la salida—. Dile que voy a un sitio donde difícilmente me alcanzarán sus iras. Y no pienso mendigar un puesto en ningún otro periódico de Nueva York, ni siquiera de la Costa Este del país... ni quizás en todos los Estados Unidos.

—¿Es que te has vuelto loco, Vance?

—Quizás. Bendita locura, entonces. Debí hacerlo antes. Estoy harto de todo lo que me rodea. Vale más morir luchando dignamente, que vivir de este modo, cerrando los ojos a las evidencias, y permitiendo que a uno le amordacen cuando se está hablando y pregonando el derecho del hombre a ser libre. Adiós, Mallory.

—Adiós, Vance... y suerte —suspiró su jefe, todavía estupefacto.

La puerta vidriera se cerró tras de él. Avanzó por el pasillo, cuando un muchacho se le cruzó, con un télex. Se detuvo,

tendiéndole el papel.

—Un despacho urgente, señor Rohmer —dijo—. Es para usted...

—No, hijo. Ya no. Me largo de este basurero —replicó Vance, dirigiendo una ojeada indiferente al télex. Y, de repente, un nombre que leyó en el texto, le hizo cambiar de actitud, y alargó la mano, tomando el papel con rapidez—. ¡A ver, dame eso!

Leyó el mensaje de agencia. Sus músculos faciales se endurecieron aún más.

«LA POLICIA ALEMANA ENCUENTRA EL CADAVER DE RUDOLF HOLZMAYER EN EL AEROPUERTO DE FRANKFURT, ADONDE ACABABA DE LLEGAR EL JOVEN SOBRINO DE JOSEF HOLZMAYER BAJO LA FALSA IDENTIDAD DE ARTHUR BROWN, CIUDADANO AMERICANO. SU EQUIPAJE HA DESAPARECIDO SIN DEJAR RASTRO. LA POLICIA ALEMANA INVESTIGA EL MISTERIO. LA MUERTE DE HOLZMAYER SE PRODUJO POR MEDIO DE VARIOS DISPAROS HECHOS CON SILENCIADOR, EN LOS SERVICIOS DEL AEROPUERTO, Y SE SUPONE QUE FUE OBRA DE UN COMANDO TERRORISTA DE IGNORADA FILIACION».

—Holzmayer... —musitó Vance, estrujando el télex entre sus dedos crispados—. Malditas ratas asquerosas... También a él le dieron caza... ¿Qué puedo esperar yo?

Devolvió el télex al sorprendido muchacho, y se alejó con rapidez, camino de la salida.

Ahora estaba seguro de que su senda era más difícil que nunca. Si ellos habían dado caza a Holzmayer, a pesar de su disfraz, ¿qué destino podía ser el suyo, sino perecer a manos de los poderosos amos del terrorismo mundial?

Pero él no iba a ocultarse y dejarse matar como una rata. En vez de eso, iba a plantear la lucha abiertamente. Y que ocurriera lo que fuese.

El reactor de la Lufthansa tomó tierra majestuosamente en el Aeropuerto Internacional de Frankfurt.

Era el mismo aeropuerto donde, sólo dos días antes, hallara la muerte Rudolf Holzmayer, como falso ciudadano americano, Arthur Brown de nombre. Allí, sin duda alguna, también habían obtenido los terroristas la copia de la casi totalidad del manuscrito de Josef Holzmayer. Con ello, ¿darían por terminada la búsqueda de ese preciado trabajo? ¿O sospecharían la existencia de un microfilme conteniendo la reproducción de todas aquellas páginas a tamaño reducido?

Si era así, su vida no valía un solo centavo, pensó para sí Vance Rohmer, bajando impasible del reactor de las líneas aéreas germanas, para encaminarse en busca de la aduana y, posteriormente, de un taxi que le condujera al centro de la industriosa ciudad alemana.

Depositó sobre la mesa de aduanas su pitillera y pluma de oro, así como unos cuantos cigarros habanos con su funda de metal. Los aduaneros germanos examinaron todo ello con interés, ya que las estrictas medidas de seguridad establecidas en todos los aeropuertos del mundo, precisamente para prevenir actos terroristas, se centraban siempre de modo muy especial en los objetos metálicos, que en casi todas las ocasiones eran estudiados por expertos.

Sin embargo, también el creador de aquellos dos ingenios, obsequio de Holzmayer, debía de ser un experto de primera fila, porque no encontraron nada anormal en ellos, y se los devolvieron cortésmente, del mismo modo que todos los tubos de cigarros, tras comprobar, al tacto, que cada cigarro contenido dentro era realmente lo que parecía ser. Prueba, también, de que el microfilme contenido en uno de ellos, estaba perfectamente camuflado entre las hojas de tabaco.

—Pase, señor —le dijeron en correcto inglés—. Todo está conforme.

Le devolvieron su pasaporte y valija, con una cortés sonrisa, y Vance se movió en derechura hacia la parada de taxis, sin dejar de mirar precavidamente a ambos lados, en prevención de cualquier presencia sospechosa cerca de él.

No descubrió a nadie que le inquietara, pero sabía que eso no significaba nada o casi nada.

Ellos estaban en todas partes. Había ojos invisibles acechando por doquier. El mundo era su campo de batalla. Y sus peones se movían por doquier libremente. No era cuestión de nacionalidades ni de colores raciales, ni tan siquiera de condición social o económica. Todos, absolutamente todos, podían ser fieles y ciegos servidores del monstruo de mil cabezas, el Terror Mundial.

Y él era la víctima propiciatoria ahora.

Ellos ya debían saber que había abandonado su periódico y su país. Ellos sabrían asimismo que pensaba vengar a Sybil, su prometida. Ellos no ignorarían que estaba en Frankfurt por motivos desconocidos. Y ellos sabían a la perfección que él recibió la visita del anciano «señor Brown», sólo dos días antes de aparecer éste asesinado en los lavabos de este mismo aeropuerto.

Por tanto, si no habían ya intentado eliminarle, es porque no querían. Tal vez estaban preparando el golpe decisivo. No les sería muy difícil intentarlo. Lo que estaba por ver es si tendrían éxito a la primera intentona... o sería capaz de sobrevivir y seguir luchando, atraque sabía que el final, fatalmente, era irremediable, imposible de eludir.

Tomó el taxi, queje condujo al centro de Frankfurt. Miró atrás durante el viaje, en diversas ocasiones. No descubrió el menor rastro de un posible perseguidor. Si lo había, era más listo que él.

Había dado al chófer la dirección de un céntrico hotel de la ciudad alemana. Ahora se detenía el vehículo ante las amplias puertas vidrieras del establecimiento hotelero, y un portero de uniforme azul oscuro, con adornos dorados, se aproximó a la portezuela del taxi, y la abrió, para hacerle descender.

—*Guten Tag, mein herr* —saludó en su idioma, inclinándose ceremonioso.

Vance abandonó el vehículo, cruzando la acera alfombrada en dirección a los escalones de acceso al hotel. En ese mismo instante, descubrió a los tres hombres.

Iban bien vestidos, con aspecto de ejecutivos de alguna empresa, portando sus maletines o portafolios, de piel reforzada con aluminio. Venían en ambas direcciones, uno por un lado de la acera, y los otros dos por la opuesta, para confluir en la entrada al hotel. Instintivamente, Vance Rohmer sospechó de ellos. Eran demasiado perfectos para ser realmente ejecutivos... a menos que

su tarea de *ejecución* fuese muy otra.

Cuando ellos alzaron sus maletines, Vance ya había iniciado su acción a ritmo vertiginoso, ante el asombro del portero del hotel. Y esa acción era, simplemente, para escapar a la muerte.

La muerte que, con fulminante celeridad, brotó de las valijas livianas de los supuestos ejecutivos, para encañonarle sin contemplaciones.

Eran armas automáticas, poderosas *Parabellum* provistas de silenciador, que comenzaron a vomitar proyectiles con el seco estampido de simples taponazos.

Y esas balas tenían por destinatario a Vance Rohmer.

## CAPÍTULO IV

El portero estaba justamente en medio de los disparos cruzados de los tres pistoleros. No pudo evitar que le alcanzasen. Emitió un grito ronco, y cayó de bruces, dando tumbos por la acera. Su uniforme azul se manchó de rojo en la espalda y el costado.

Vance Rohmer, entretanto, rodaba velozmente por el asfalto, pero no estaba herido, sino que eludía los impactos de los mortíferos proyectiles, mientras los transeúntes, pese a lo silencioso de los disparos, al ver caer a dos hombres y descubrir las armas en manos de otros tres, se alejaban presurosos, dando gritos de alarma.

Vance, mientras rodaba sobre sí mismo, en un desesperado esfuerzo por eludir los proyectiles, e iba a parar tras la débil protección de un pesado macetón en los escalones del hotel, tenía en sus manos la pitillera de oro, cuyo resorte del encendedor accionó, sin soltarla de las manos.

Empezó a contar, mientras las balas resquebrajaban y rompían el tiesto, dispersando tierra y plantas por doquier:

—Uno, dos, tres, cuatro, seis, siete, ocho, nueve...

Los asesinos se habían emboscado a su vez tras un pequeño quiosco de periódicos, del que escapó despavorido su vendedor, y seguían disparando sobre él, para tratar de darle alcance, mientras los segundos transcurrían veloces. Cuando Vance contó hasta veinticinco, y el macetón terminaba por ser pulverizado, dejándole al descubierto, frente a las armas de sus tres adversarios, alzó el brazo y arrojó la pitillera contra el quiosco.

Luego, se tumbó de bruces, pegado al muro, entre los fragmentos del macetón roto a balazos. Los hombres armados, se disponían ya a abandonar el quiosco para rematarle y huir.

Un coche oscuro, color azul, se detuvo junto al bordillo,

justamente a sus espaldas, y un hombre al volante asomó una *Parabellum* por la ventanilla. Era otro asesino, esperando a los suyos para escapar de allí, y prestando apoyo al trío de pistoleros en su siniestra labor.

La pitillera cayó en el quiosco, golpeó las revistas y diarios, y se quedó entre el coche y el puesto de periódicos. El chófer del automóvil azul, dilató sus ojos un momento, mirando aquel objeto y gritando algo en alemán a sus compañeros que, desconcertados, volvieron la cabeza. El coche inició la arrancada.

Pero habían transcurrido justamente los treinta segundos de tiempo. Rudolf Holzmayer no se equivocó ni en una décima.

La pitillera estalló.

Fue una repentina y violenta llamarada que se dispersó como un abanico flamígero en medio de un tremendo estampido. La calle de Frankfurt se llenó de estruendo y de humo, el quiosco de periódicos saltó en pedazos, el automóvil azul se arrugó y encendió como si fuese de papel, y los cuerpos humanos saltaron por los aires, despedazados por la explosión.

Al fondo de la calle, sonaba ya la sirena de un auto patrulla de la policía alemana, aproximándose al lugar del suceso, quizás avisados por alguien del silencioso tiroteo que allí tenía lugar.

Ante la potente explosión, el vehículo describió una maniobra y se metió en una acera, saltando a tierra los agentes, armados y dispuestos a todo. Vance se irguió, alzando sus brazos en señal de rendición, ya que los policías germanos parecían dispuestos a abrir fuego sobre cualquiera que opusiese resistencia o intentara la fuga.

—¡Achtung! —gritó en alemán—. ¡Ich bin Amerikaner journalist! (¡Atención! ¡Yo soy periodista americano!).

Se mantuvo así, quieto, esperando a que los agentes llegaran ante él, esposándole con rapidez, y conduciéndole al coche-patrulla, mientras otros examinaban a los hombres abatidos por la explosión, incluido el conductor del coche azul, cuya cabeza yacía inclinada por la ventanilla bañada en sangre, y con ojos desorbitados e inmóviles.

—*Jederman tot* —dijo uno, secamente, incorporándose y moviendo la cabeza (Todos muertos).

Le empujaron hacia el coche-patrulla, mirándole recelosos, tras haberle registrado totalmente. Vance observó, con curiosidad, que

ni siquiera se fijaban en su pluma estilográfica de oro, que siguió prendida a su bolsillo.

Momentos más tarde, cruzaban una multitud reunida ya en torno al lugar de los sangrientos hechos, en la Westendstrasse de Frankfurt. El hotel Hessischer Hof, quedó atrás, ocupándose otros dos patrulleros de acordonar la zona en torno a los cadáveres y el lugar de la explosión.

Vance Rohmer sabía ahora que tendría que explicar muchas cosas a la policía alemana, y que no todas serían creídas. Pero, cuando menos, acababa de salvar su vida milagrosamente.

Y cuatro terroristas estaban muertos.

La guerra silenciosa e implacable, estaba declarada ya. Y la primera batalla, pese a ser tan desigual, la había ganado él.

\* \* \*

El comisario Hoffman meneó la cabeza con aire dubitativo.

—Está usted metido en un lío, *herr Rohmer* —le dijo con su perfecto inglés.

—Lo sé —resopló Vance—. Pero éste no es el peor de todos, comisario, ni mucho menos.

—¿Eso cree? —Los fríos ojos azules le miraron, bajo las rubias cejas hirsutas de aquel rostro redondo y enérgico—. Está equivocado, si cree que por ser un ciudadano americano, periodista de profesión, puede venir a la República Federal a combatir como harían sus antepasados en el Oeste, *herr Rohmer*.

—Mis antepasados, *herr Kommissar*, eran ingleses, no americanos —dijo secamente el reportero—. Y llegaron a los Estados Unidos hace solo treinta años, de modo que ninguno de ellos conoció el Oeste más que en el cine.

—Es una forma de decirlo. Usted dice que le atacaron tres hombres primero, cuatro después. Todos armados de Parabellums con silenciador.

—Es la pura verdad. Consulte a los testigos. Todos lo vieron. Incluso asesinaron al portero del hotel, antes de acorralarme a mí.

—Todo eso ya lo sé. Pero usted, entonces, utilizó contra ellos una carga explosiva de gran potencia. ¿Cómo introdujo esa carga en la República Federal, sin que fuese descubierta por los servicios de

seguridad del aeropuerto?

—Del modo más sencillo. En una pitillera de oro. Poseía una carga plástica especial, de poco volumen y gran potencia. Era difícil de descubrir.

—Ese ingenio parece obra de organizaciones terroristas, no de periodistas americanos, *herr Rohmer*.

—Y posiblemente lo fuese, no lo sé. Me lo entregó un compatriota de ustedes, Rudolf Holzmayer.

—¿Holzmayer? ¿El sobrino del sociólogo millonario, Josef Holzmayer, desaparecido en una explosión en el Pacífico?

—El mismo, comisario.

—Creo que tiene muchas cosas que contar, *herr Rohmer*.

—Se las contaré, pero no va a creerlas. Yo no soy un terrorista. Por el contrario, son los terroristas los que andan tras de mí para darme caza.

—¿Qué clase de terroristas? —Trató de puntualizar el policía de Frankfurt.

—Todos.

—¿Todos? —Sus cejas rubias se enarcaron—. Eso no tiene sentido. Hay cientos de terroristas diferentes en el mundo, usted lo sabe.

—Todos responden a una misma motivación: erosionar el sistema, destruirlo. Y quizá crear un orden nuevo, no sé aún si capitalista, marxista o qué diablos pueda ello ser. Todo es un gran complot, una gigantesca conspiración contra el mundo. Ellos no lo saben, pero mientras se despedazan entre sí, sirven al mismo dueño oculto.

—Sus palabras me resultan muy complicadas, y eso que creo dominar bien su idioma. ¿Va aclararme todo eso, *herr Rohmer*, o prefiere ser acusado de múltiple homicidio, introducción de explosivos en la República Federal Alemana, acto terrorista en el centro de Frankfurt, y un sinfín de cosas más?

—Aunque se lo aclare, va a acusarme de todos modos —resopló Vance—. Me encarcelarán. Y en prisión, cualquier otro preso me colgará un día en mi celda o me arrojará a un patio, de modo que resulte un suicidio o un accidente, y ellos se habrán librado definitivamente de mí.

—Déjese de fantasías. No puede ser usted tan importante. Ahora,

empecemos de nuevo el interrogatorio. Y no me oculte nada, o será peor para usted...

\* \* \*

El fatigoso interrogatorio hubiera durado horas, quizás días enteros, de no haber aparecido de repente el hombre alto, delgado, de gafas de montura metálica y expresión fría y cortés.

Sus ojos grises eran penetrantes cuando se clavaron en Vance Rohmer. Luego, llamó al comisario Hoffman y estuvo hablando con él en voz baja durante largo rato.

Regresó el comisario junto al detenido, que respiraba cansadamente, bajo la potente luz dirigida hábilmente a sus ojos. Desvió la lámpara, y habló con tono suave:

—Tiene usted suerte, *herr* Rohmer. Este caballero es Dieter Gruber, jefe de los Servicios de Inteligencia de la República Federal, especializados en terrorismo. Su Departamento se dedica única y exclusivamente a combatir a las organizaciones terroristas de todo tipo que amenacen la convivencia pacífica en territorio alemán.

Vance miró con fatiga al hombre alto. Se sentó éste ante él, estrechándole la mano con calor. Su rostro se mantenía inmutable.

—Mi Departamento ha investigado la identidad de los hombres muertos por usted —dijo con voz fría e impersonal—. Todos ellos eran activistas fichados por la policía federal.

Importantes miembros de comandos terroristas de filiación marxista.

—El nombre importa poco, *herr* Gruber —repuso Vance, encogiéndose de hombros—. Yo sé que mis enemigos no tienen que ser necesariamente marxistas o fascistas. Pueden ser cualquier cosa.

—¿Sugiere que todos trabajan para una misma organización?

—Para una ultraorganización, mejor dicho. Para un macrocuerpo terrorista que está por encima de ideologías y naciones.

—Ésa es una teoría muy interesante, pero no original, señor Rohmer. Ya la formuló antes un hombre llamado Holzmayer.

—Exacto. Josef Holzmayer. Por eso le mataron en su yate.

—¿Usted tenía relación personal con él?

—Jamás la tuve. Ni siquiera llegué a conocerle.

—¿Entonces...?

Vance le relató la visita de Rudolf Holzmayer en la redacción del *Globe*, allá en Nueva York. Dieter Gruber le escuchó en silencio, sin pestañear. Rohmer solamente ocultó un detalle: el microfilme que recibiera del joven Holzmayer.

—Ya veo —dijo serenamente el alto funcionario de Inteligencia de la República Federal—. Luego, a Holzmayer le mataron aquí, en Frankfurt. Y usted pensó venir a la misma boca del lobo... ¿Por qué, señor Rohmer?

—Porque es una guerra declarada, y lo sé. Voy a luchar contra ellos a mi modo. Yo descubriré la verdad y revelaré al mundo el origen verdadero del terrorismo. O me matarán antes.

—Le matarán, claro está —suspiró Gruber—. Eso es irremediable, amigo mío.

Ambos hombres se miraron en silencio. El comisario Hoffman paseaba en torno a ellos, pensativo. La pausa la rompió de nuevo el propio Gruber con una asombrosa e imprevisible proposición:

—¿Quiere salir libre y luchar de verdad, señor Rohmer?

Vance pestañeó. Contempló a su interlocutor. Sorprendido, el comisario también se había parado en seco, mirando al jefe del Servicio de Inteligencia contra el terrorismo.

—Cualquier cosa, menos permanecer aquí o ir a una prisión del Estado —asintió Vance—. Allí duraría poco. Hay presos que pertenecieron a organizaciones terroristas. Y otros que estarán por delitos comunes, pero que pueden hacer lo que sea por dinero. Y hay mucho dinero detrás de todo esto, señor Gruber.

—Me temo que sí —el hombre alto se puso en pie, y suspiró—. Bien, señor Rohmer, ha tenido mucha suerte al convencerme de lo que realmente pretende. Pero su terreno de lucha adecuado es la propia prensa, las páginas de una publicación. Desde allí puede hacerles mucho daño a todos ellos. Yo le facilitaré ese medio de difusión.

—¿Quiere decir que podré ejercer aquí mi labor profesional?

—Podrá ejercerla en todo el mundo. Va a ser el corresponsal volante de la importante revista alemana *Der Planet*, que tiene un millón de ejemplares de tirada semanal. Podrá publicar en ella cuanto quiera, sin límite alguno para su información y opiniones. Ésa será su tribuna pública contra el terrorismo. Oficialmente, será

un periodista famoso, y nada más.

Hoy se informará de que cuando era usted atacado por terroristas que no desean verse desenmascarados ante la opinión pública, miembros de un cuerpo especial de seguridad de la República Federal hubo de intervenir con sus propios medios para examinar a los agresores.

Oficialmente, por tanto, queda usted al margen de toda acusación, y al mismo tiempo, ellos no podrán estar seguros de si fue usted o nosotros quienes acabaron con su gente de modo tan fulminante.

—Entiendo. Todo eso es lo oficial. En realidad, ¿cuál será mi verdadera tarea, aparte de viajar y escribir para *Der Planet*, señor Gruber?

—Naturalmente, formar parte de nuestra propia organización como un agente especial.

Será usted un miembro del antiterrorismo alemán, ¿comprende? Pero eso, nadie, absolutamente nadie, debe saberlo.

—Sí, por supuesto.

—No trabajará solo. Tendrá un compañero, otro corresponsal como usted.

—¿Que también será...?

—Desde luego. Otro agente nuestro, entrenado especialmente para la lucha contra el terrorismo internacional. Le conocerá cuando llegue a la redacción de *Der Planet*, en Munich.

—¿Munich?

—Sí, será su punto de destino. La policía de allí sabrá que usted es solamente un periodista. Nadie, absolutamente nadie, salvo nosotros mismos, conocerá su verdadera labor.

El comisario Hoffman es diferente, porque él pertenece también a nuestro cuerpo, aunque ejerza como simple comisario de policía local. Recibirá dinero e instrucciones. Instrucciones que, naturalmente, memorizará, destruyéndolas luego. ¿Domina bien nuestra lengua?

—No mucho. Pero puedo defenderme, de momento.

—Hará unos cursillos rápidos en Baviera, para dominarla lo mejor posible, aunque no es imprescindible que lo haga, porque sus colaboradores más directos dominan perfectamente el inglés. Los artículos los escribirá en su lengua, y el cuerpo de redacción hará la

traducción al alemán. Usted cobrará un sueldo oficial de seis mil marcos mensuales, pero eso será solamente como periodista del *Planet*. Como colaborador nuestro, ingresará en una cuenta especial que los terroristas no puedan controlar ni descubrir, otros diez mil marcos mensuales. ¿Está conforme en la cifra?

—Cielos, es mucho más de lo que hubiera ganado como jefe de redacción en Nueva York —resopló Vance—. No busco dinero, *herr* Gruber. Sólo intento...

—Sé lo que intenta: vengar a su prometida, asesinada en Nueva York por un terrorista.

—Están muy bien enterados...

—Es nuestra misión —sonrió débilmente el enigmático Dieter Gruber, caminando hacia la salida—. Alójese en el Hotel Frankfurter Hof, en Neue Mainzer Strasse, cuando salga de aquí. Es un establecimiento donde dispongo de hombres especializados y de medidas de seguridad para su protección personal. Hay servicio y clientes que son en realidad agentes nuestros. Y existen rigurosas medidas preventivas contra cualquier acto terrorista como los explosivos o cualquier modo de agresión. Allí conocerá a la persona con quien ha de compartir esa corresponsalía del *Planet*. Se identificará ante usted a través de un ejemplar de *Der Planet* manchado de tinta verde en un ángulo de su portada, y de un cigarro con boquilla plateada. Eso le indicará que es la persona prevista.

—Un momento —Vance Rohmer alzó una mano cuando Gruber se disponía ya a salir—. Imagine que llegase a tener alguna vez el manuscrito incompleto de Josef Holzmayer. ¿Qué podría hacer con él?

Los ojos pizarrosos de Gruber le miraron larga, fijamente, antes de responder con tono pausado y frío:

—Publicarlo íntegro en *Der Planet*, con portada especial. Si existe copia de ese escrito, debe conocerlo todo el mundo. Es el mejor modo de atacar al terrorismo: descubrir su cara oculta, quitarle lo que tenga de posible idealismo para tontos. Si usted lo tiene ahora en su poder, no lo dude. Publíquelo en seguida. Que sea su primer trabajo en la revista.

—¿Por qué cree que habría de tenerlo ya? —dudó Vance, entornando los ojos.

—No sé. Es una posibilidad tan sólo —sonrió Gruber, encogiéndose de hombros y disponiéndose a salir—. No tema hacerlo, Rohmer. Recuerde que ellos son ya sus enemigos mortales. Le matarán igual, aunque esconda ése precioso documento, Y entonces les habrá hecho el mejor favor del mundo. Ya nos veremos en Munich. Hasta entonces, amigo mío.

Cerróse la puerta tras él. Vance se quedó pensativo. El comisario Hoffman se aproximó a él y puso una mano en su hombro.

—Ha tenido mucha suerte —dijo—. Dieter Gruber no es hombre que se fíe de muchas personas. Le deseo suerte en su nueva etapa, *herr Rohmer*.

—Gracias —suspiró Vance—. Voy a necesitarla...

\* \* \*

Aparentemente, el Frankfurter Hof, uno de los mejores hoteles de la ciudad del Main, era un hotel de lujo como cualquier otro del mundo. Mirando a su alrededor, Rohmer se preguntaba si, realmente, podría haber allí tantas medidas de seguridad como le dijera Gruber. Pero, evidentemente, cuando él lo decía es que era así. Su personal especializado debía de ser muy experto en tales lides, para que no se advirtiera nada especial en ningún camarero o empleado, en ningún cliente o miembro de servicio. No obstante, estaba seguro de que ojos invisibles le vigilaban de modo constante, y no eran ojos amenazadores, sino todo lo contrario.

Cenó con buen apetito en el confortable restaurante del hotel, eligiendo la carta de comida francesa, que preferiría a la típicamente alemana, aunque regó su menú con excelente vino del Rhin. Cuando se encaminó al bar, fumando un cigarrillo, estuvo nuevamente seguro de que le vigilaban atentamente, sin perder un movimiento suyo, y esa vigilancia le tranquilizaba en vez de inquietarle. Allí se sentía seguro, Gruber tuvo razón.

Al acomodarse en la barra y pedir un *whisky* con hielo, lo primero que descubrió en el taburete vecino, fueron unas bellísimas piernas de mujer. Las miró sin frivolidad alguna, porque el recuerdo de la infortunada Sybil permanecía latente aún en su memoria. Todo era demasiado reciente y terrible para que la olvidase o pudiera contemplar a otra mujer con auténtico interés.

Sin embargo, como hombre tenía que admirar lo que estaba bien formado en un cuerpo femenino, y aquellas largas pantorrillas y aquellos muslos cuyo nacimiento permitía descubrir la falda hasta la corva, debido a la posición de piernas cruzadas de su vecina, revelaban una auténtica perfección. Buscó el rostro de la propietaria de tan bellas extremidades, pero no lo encontró.

Una revista ilustrada, abierta ante sus ojos, ocultaba por completo el torso y la cabeza de la dama. Descubrió solamente unos dedos largos, sensitivos, unas uñas suavemente lacadas en rosa tenue, y un anillo de oro con una esmeralda en su centro.

Llevó el vaso de *whisky* a sus labios. Lo probó, y extrajo cigarrillos, echando de menos el lujoso encendedor de oro de su perdida pitillera explosiva. Utilizó su encendedor habitual, y en ese momento sonó la voz junto a él:

—¿Me da fuego, por favor, caballero?

Era una voz suave, femenina, en perfecto inglés con leve acento germano. Descubrió ante sus ojos un cigarrillo de boquilla plateada, sostenido por la mano de largos dedos manicurados.

Y entonces descubrió la mancha de tinta verde en un ángulo de la revista ilustrada que sostenía su vecina de las piernas bonitas, que era precisamente *Der Planet*.

El bello rostro que se mostraba ahora ante él, con dulce sonrisa, correspondía a la dama de preciosas pantorrillas. Y Vance Rohmer supo también en ese momento, que aquella hermosa criatura era su compañera de peripecias a partir de ahora mismo.

## CAPÍTULO V

—Erika Walter, periodista del Planet... —recitó Vance, sonriendo. Meneó la cabeza, todavía sorprendido—. Cielos, eso no me lo dijo Gruber.

—¿Que su compañero sería una mujer? —La joven se echó a reír—. El acostumbra ser así.

Siempre calla más de lo que dice. Ya se irá acostumbrando.

—Pero él me habló de... de una persona especializada, entrenada para luchar... —murmuró Vance en voz baja, tras mirar cauteloso en torno de ambos.

—Y así es. ¿Quiere probarlo? Puedo inmovilizar a cualquiera con una llave de judo, o combatir a varios enemigos utilizando el karate. También tengo otras habilidades que ya irá conociendo, si hay ocasión.

—Mi viaje a Frankfurt está lleno de sorpresas —comentó Vance—. Primero el tiroteo, luego Gruber... y ahora usted.

—Las cosas no han hecho más que empezar —sonrió ella—. Ésta es una profesión muy agitada, Rohmer. Pero recuerde que usted mismo la eligió. Gruber me contó ya su historia personal.

—No me arrepiento de ello. Me considero un hombre muerto. Todo lo que sobreviva, será de propina. Y quiero llevarme por delante a cuantos me sea posible, limpiando el mundo de asesinos estúpidos y ciegos. Lo ideal sería acabar con la cabeza del monstruo, no con sus tentáculos. Pero ésa es una labor imposible.

—¿Por qué imposible? Sólo improbable —le rectificó ella risueñamente—. ¿Desde cuándo se considera virtualmente muerto? ¿Desde que perdió a la mujer amada?

—Quizá. Supe entonces que eso era sólo una cobarde y malvada advertencia, un crimen estúpido que sólo tenía como móvil

avisarme de que iban a por mí, de que tal vez podía pactar con ellos, salvando mi vida a cambio de entregarles algo que andaban buscando. En ese mismo instante, me juré a mí mismo no pactar jamás. Y me convertí prácticamente en un cadáver que camina. Ellos me han sentenciado. La emboscada aquí, en Frankfurt, ha sido el primer intento. El segundo será más fuerte aún, porque saben ahora que puedo defenderme sin escrúpulos de todos ellos.

—Eso es cierto. Pero estará preparado, imagino —los ojos de ella brillaron. Eran ojos de un verde profundo y oscuro, que a veces parecía pardo o grisáceo. Sus pupilas resultaban tan hermosas como sus piernas. Y también su suave cabello color miel o sus labios gordezuelos y carnosos, en aquella faz joven e inteligente, además de atractiva.

—Lo estoy. No temo a la muerte. Elegí este camino de un modo consciente y deliberado, sin posibilidad de volverme atrás.

—Me gusta usted, Rohmer —asintió la muchacha—. Creo que vamos a ser buenos amigos los dos.

—Sí, pienso lo mismo —la miró largamente—. Sería fácil incluso enamorarse de usted... si no estuviera otro rostro, otra mujer en mi recuerdo.

—Lo comprendo —ella pestañeó, bajó los ojos—. Ahora, hablemos de nosotros dos. El pasado quedó atrás, Rohmer. No se deje vencer por los recuerdos. Si quiere sobrevivir, aunque sólo sea para vengar a su prometida, hay que vivir con intensidad el presente.

—Sí, por supuesto —respiró con fuerza—. Sólo ocurre a veces.

—Es comprensible, Rohmer. ¿Tiene ya instrucciones de Gruber?

—No, aún no.

—No tardará en recibirlas. Yo sólo sé que mañana salimos para Munich.

—¿Mañana?

—Por la mañana, sí. El Planet entra en máquina al otro día. Tenemos que preparar nuestros trabajos por el camino. ¿Usted ya tiene algo?

—Sí. Quizás demasiado —suspiró Vance.

—Gruber me habló de una posibilidad —ella le miraba fijamente—. Los documentos de Holzmayer.

—Quizás. Lo estoy pensando mucho.

—Si los tiene, hágalo. Empiece su publicación. En Der Planet podrán sacar los grabados en pocas horas. Podría publicarse en forma de fascículos insertados a color. Una edición especial que mantendría el posible escándalo durante semanas, hasta mentalizar a la gente, a los gobiernos... y a los propios terroristas que actúan manipulados. Podría ser el principio del fin para el monstruo que maneja los hilos de la trama.

—Puede que tenga razón —afirmó Rohmer despacio—. Lo publicaré... si llegamos con vida a Munich. Tomar un avión, actualmente, es tan peligroso como usar cualquier otro medio de transporte.

—Llegaremos —aseguró ella con voz firme—. Esta noche recibirá seguramente sus instrucciones en este local, ya lo verá. Mañana, tenemos inscritos nuestros nombres en un determinado vuelo de Munich. Pero eso no es cierto. Una pareja viaja en ese avión, ocupando nuestras plazas. Nosotros viajaremos en otro avión, bajo nombre supuesto, y con nuestra apariencia bastante cambiada. Ya lo verá...

Sí. Vance Rohmer lo vio. El viajó al día siguiente a Munich como un sacerdote católico de aspecto rubicundo y simple. Erika Walter, su compañera, era una estridente estrella cinematográfica, con un perro lanudo, allá en un alejado asiento.

Llegaron a Munich sin novedad. Y solamente cuando estuvieron en el aeropuerto muniqués, se enteraron de la catástrofe.

El otro viaje Frankfurt-Munich, donde sus nombres iban inscritos en el pasaje, había estallado en el aire. No había supervivientes. Se suponía que una bomba había hecho explosión a bordo.

\* \* \*

—Dios mío... Ciento cincuenta y siete muertos... ¡Todo ello para terminar conmigo!

—Y conmigo, Rohmer —le consoló la joven, apoyando una suave mano en su espalda—. No tenemos la culpa. Ese avión se revisó minuciosamente, se adoptaron todas las medidas de seguridad imaginables. Pero ellos son así. Siempre encuentran un resquicio, nadie sabe cómo.

Hay cómplices en todas partes: en el propio personal de

aeropuertos, en servicios de mantenimiento En todos.

—Malditos bastardos asesinos... —jadeó Rohmer, convulso, apretando los puños—. No se detienen ante nada. ¡Si pudiera despedazarlos entre mis manos a todos ellos...!

—Ni siquiera sabría a quién estrujar, Rohmer —le calmó ella—. Se escurren como anguilas en el agua. Mañana, cualquier organización extremista reivindicará el hecho, y se sentirá llena de orgullo por lo que hizo. De buena fe, imaginarán que hicieron algo grande por socavar los cimientos de la sociedad, y lo único que habrán hecho es servir a unos amos que los utilizan como simples marionetas en su propio beneficio.

—Hemos llegado con vida a Munich, es cierto. Pero ¿a qué precio? Ciento cincuenta y siete vidas, por sólo dos...

—Se irá acostumbrando —dijo serenamente Erika—. Muchos serán los que queden en el camino, si quiere sobrevivir. Ésta es una guerra sin cuartel. Caen muchos inocentes, se quiera o no. Ahora es usted quien debe usar sus propias armas. ¿Tiene realmente esos documentos?

Pues publíquelos a toda plana, haga estallar la bomba informativa... y esperemos acontecimientos. Esté seguro de que si esa información sale a la calle en el próximo número de Der Planet, las consecuencias no se harán esperar lo más mínimo.

Rohmer no dijo nada. Miró en tomo suyo, a los muros del sólido edificio muniqués donde se hallaba ubicada la redacción de la revista Der Planet, y estaba comprobando que, ciertamente, era difícil ser sorprendido allí por cualquier acto terrorista. Células fotoeléctricas, sistema de seguridad de iodo género, vigilancia armada y toda clase de recursos, impedían que cualquier adversario penetrara en el recinto. En su exterior, una disimulada vigilancia por medio de agentes especiales de Gruber, sin uniformes ni aspecto de guardianes, formaba un cordón que haría muy improbable un ataque desde la calle.

Realmente, la redacción de Der Planet no era sino el cuartel general de los comandos antiterroristas alemanes en Baviera, y a su vez nudo y centro nervioso de toda la organización de Seguridad Nacional contra el Terrorismo en todo el territorio de la República Federal Alemana.

Pero esa seguridad suya de ahora, le hacía recordar con más

dolor aún a las víctimas inocentes a quienes nadie pudo proteger. Víctimas como Sybil Scott, como los ciento cincuenta y siete pasajeros del avión de la Lufthansa Frankfurt-Munich...

Víctimas que iban quedando atrás, en el camino, como decía Erika Walter.

Y así ¿hasta cuándo?

—Está bien —dijo de pronto Vance, incorporándose y llevando la mano al estuche del falso cigarro habano que llevaba consigo—. Adelante. Vamos a publicar esos documentos...

Abrió el estuche sobre la mesa, y desgarró las hojas de tabaco furiosamente, para extraer el preciado microfilme que le entregara como depositario el difunto Rudolf Holzmayer.

Una interjección sorda, violenta, escapó de sus labios. Palideciendo intensamente, contempló con estupor el contenido del cigarro.

Allí sólo había tabaco, hojas trituradas en un cigarro entre sus dedos, sin ninguna otra cosa dentro.

¡El microfilme había desaparecido!

\* \* \*

—Desaparecido... ¿Cómo pudo ocurrir?

—Usted tiene que saberlo, Rohmer. Trate de recordar. ¿Quién manipuló ese estuche desde que estuvo en su poder?

—Muy poca gente. Los aduaneros de Frankfurt y Munich, la policía de Frankfurt... y ahora yo. No me he desprendido nunca de él. Lo tuve siempre ante mis ojos.

—¿Existía ya ese microfilme cuando Holzmayer se lo entregó?

—El tono de Erika Walter expresaba duda.

—Pues... supongo que sí —vaciló Vance—. Cierto que sólo lo comprobé por el tacto, pero tiene que haber estado. Había un objeto más duro que el tabaco dentro de ese cigarro, algo que parecía un rollo de celuloide...

—Entonces tuvo que ser después. Quizás algún aduanero, algún falso policía, o un agente de seguridad sobornado... Todo es posible en esta lucha, Rohmer, usted lo sabe bien. Cada persona tiene un precio. Y ellos lo pagan cuando no tiene otro remedio. Ahora, ¿qué va a hacer? Sin esos documentos, nuestra idea se derrumba. Tendrá

que escribir simples teorías personales, acusaciones sin base sólida que convenza a nuestros lectores... Pero debe hacerlo aun así. Y revelar cómo le fueron robados los documentos de Holzmayer en microfilme.

—Servirá de bien poco —dijo lentamente Vance Rohmer con expresión endurecida y ojos centellantes—. Voy a intentar hallar ese microfilme, Erika.

—¿Usted? ¿Ahora? —Ella dilató sus bellísimos ojos verdes oscuros—. ¿Se ha vuelto loco?

Ni siquiera sabe quién se lo hurtó, o dónde puede estar en estos momentos. Se habrán apresurado a destruirlo, estoy segura.

—O quizás no. Ellos pensarán que yo hice sacar otra copia, en prevención de un riesgo semejante.

—¿Lo hizo, realmente? —se animaron sus ojos con vivacidad.

—No. Pero eso, ellos no pueden saberlo —rió duramente Rohmer—. Y voy a jugar esa sola baza, a la desesperada.

—¿En qué forma? —se extrañó Erika, no muy segura de que él estuviera coordinando bien sus ideas, a juzgar por su expresión.

—Pronto lo sabrá —silabeó Vance—. Lea mañana el Bild München y lo sabrá. En su página de anuncios...

Y sin aclarar más, Vance Rohmer tomó una guía telefónica de Munich, buscó el número de la redacción del Bild local, y marcó el número sin perder tiempo.

Cuando le respondieron, pidió la sección de anuncios. En un aceptable alemán, solicitó un anuncio recuadrado, en primera página, al pie. Erika le escuchaba, algo perpleja. Vance redactó el anuncio, tal como tendría que salir al siguiente día en el popular rotativo muniqués:

«Americano con iniciales V. R. en su nombre, ofrece resto documentos J. H. en reducción a microfilme, a personas interesadas obtención dicho original completo en su primera parte.

Precio inicial,

100 000 D

. M. Se admite puja. Contacto a establecer mediante anuncio respuesta. Imprescindible muestren parte del

restante microfilme los interesados en adquisición del resto en mi poder».

—Eso es ingenuo —rechazó ella vivamente—. Nadie picaría un anzuelo tan burdo, Rohmer. ¿Cree que son tontos? No se presentará nadie. Y si lo hiciera, jamás llevaría consigo ni una sola parte de ese microfilme perdido.

—Ellos ignoran la extensión del original de Josef Holzmayer. Pueden pensar que es mucho más amplio. Y que yo tengo una o varias copias microfilmadas.

—Aun en ese caso, no arriesgarían nada en adquirir algo que saben que usted jamás vendería.

—Recuerde que no estamos tratando con el cerebro del terror mundial, sino con simples emisarios o asalariados que trabajan por ideología, por dinero o por fanatismo. Si tengo suerte y quien me hurtó el microfilme de Holzmayer es uno de los segundos, intentará obtener la totalidad arriesgando un poco.

—Insisto en que no tendrá el menor éxito. Resultaría demasiado fantástico e improbable que alguien respondiera a ese anuncio, a menos que lo hiciera para tenderle una trampa.

—Veremos, Erika, veremos... La respuesta la tendremos pasado mañana, tal vez.

Entretanto, escribiré mi primero crónica para Der Planet. ¿Y sabe cómo voy a titularla? «Yo tengo los documentos de Josef Holzmayer. A partir de la próxima semana, en exclusiva mundial, se publicarán íntegros en estas páginas, reproducidos directamente de los originales en microfilme obtenidos por el autor de este artículo. El terror mundial, desenmascarado al fin. ¡Conozca su verdadero rostro!».

—Eso es jugar fuerte. Si no puede cumplir su palabra, ¿qué hará?

—Aún no lo sé —sonrió agresivamente Vance Rohmer—. Pero incluso soy capaz de falsificar perfectamente esos documentos, llegado el caso. Y nadie, salvo los propios terroristas, sabrá que miento... Pero ellos no podrán demostrarlo, a menos que ofrezcan los verdaderos documentos. Que es lo último que harían.

—Usted me desconcierta —sonrió Erika, moviendo la cabeza—. En fin, le deseo mucha suerte en su ingenua estratagema. Pero no

creo que resulte.

Erika se equivocaba. Resultó, al menos en su primera parte.

\* \* \*

—Yo no me fiaría de ese anuncio, Rohmer —fue el seco comentario del propio Dieter Gruber, mientras paseaba por su amplio y confortable despacho, en el edificio muniqués de *Der Planet*—. Puede ser una emboscada. Hay noventa y nueve posibilidades entre cien de que sea así.

—Lo sé. Pero yo me aferró a la única posibilidad favorable —dijo Vance, leyendo de nuevo el mensaje recuadrado en la primera plana, lado inferior, del *Bild München*. Pienso acudir a la cita.

—Allá usted. Tendremos que vigilarle muy de cerca.

—No lo hagan. La persona que me cita querrá ver si obro de buena fe. Si ve a alguien cerca, todo se irá a pique.

—Y si no ve a alguien, le mearán impunemente. Es un^ locura, Rohmer.

—Si su orden es de que no vaya, no iré. Sé que ahora me debo a una disciplina. Pero si puedo tener cierta libertad de acción, preferiría probar.

—Me gusta dar libertad de acción a mis hombres, dentro de la disciplina elemental a que todos estamos obligados. Especialmente, cuando son personas de iniciativa como usted.

Adelante, Rohmer. Que sea lo que Dios quiera...

—Gracias —suspiró Vance, dejando sobre la mesa el periódico, con el anuncio bien visible, en su enigmático texto de respuesta.

«Respuesta al americano V. R. Interesado  
adquisición oferta. Puedo pagar hasta  
200 000 D

. M. Llevaré únicamente un fotograma microfilme para  
comprobación. Inútil contacto si no va solo. Enviaré  
llave apartado postal a Departamento Publicidad del  
*Bild*. Identifíquese para recogerla y tomar instrucciones  
de apartado postal. Z.».

—Me gustaría saber quién es «Z» —comentó con voz grave Erika Walter, frotándose pensativamente una rodilla.

—Y a mí —dijo Gruber—. Pero posiblemente solo sea un intermediario, un asesino a sueldo... o realmente el ladrón del microfilme, que teme no poseer la totalidad del mismo y está dispuesto a adquirirlo todo a buen precio.

—En cuyo caso, eso quiere decir que el ladrón del microfilme nada tuvo que ver con el atentado en Frankfurt o con la muerte de su prometida en Nueva York —apuntó Erika, mirando a Vance Rohmer.

—Es posible. Jugué con esa posibilidad. Recuerden que los terroristas, sean de la afiliación que sean, obran a veces en solitario o dependiendo de comandos que no tienen el menor contacto con las altas esferas de esos organismos supranacionales. Mientras obtienen algo y lo entregan a sus jefes más inmediatos, puede transcurrir un plazo prudencial, en el que todo depende de su propia iniciativa. Habitualmente, no son personas demasiado inteligentes, aunque sí temerarias, carentes de escrúpulos y de prejuicios de todo tipo. Deben haberle ofrecido al menos medio millón de marcos o más por esos documentos, para que él trate ahora de negociar lo que cree que le falta.

—Aun así, el riesgo es muy grande. Aunque no sea una trampa, ¿de qué le servirá tener ante sí a un posible suicida, a un terrorista capaz de todo, que sólo llevará consigo un fotograma de esos documentos?

—Será el rastro que busco —murmuró Rohmer, ceñudo—. Necesito algo, señor Gruber.

—Diga lo que es. ¿Armas sofisticadas, o simplemente un arma convencional?

—Algo más que todo eso. Un microfilme convincente. Lo que sea, pero que convenza a ese individuo o individuos de que, realmente, poseo documentos trascendentales.

—Eso está hecho en seguida —afirmó Gruber, pulsando un botón de su mesa—. Tenemos manuscritos con la letra auténtica de Josef Holzmayer, viejos artículos suyos sobre el tema del terrorismo. Elegiremos los mejores, y los microfilmaremos. Espero que eso resulte.

—Si no es una emboscada, resultará.

—¿Y si lo es? —sugirió Erika vivamente.

—Entonces... —sonrió duramente Rohmer—. Entonces, hágame un buen funeral, amigo.

Y salió del despacho, para dirigirse a las oficinas del *Bild München* a recoger la llave del apartado postal de su anónimo comunicante, el misterioso «Z».

## CAPÍTULO VI

Las cosas iban bien por el momento. Nadie parecía vigilarle en las oficinas del *Bild München*. Tampoco en la oficina postal ni en la zona destinada a apartados postales. Abrió el apartado número 807, cuyas cifras figuraban en la llave.

Encontró algo muy simple en su interior. Una tarjeta postal en color. Una vista del Olympiapark de Munich. Pero encuadrando la torre olímpica, bien visible. Debajo, escrito con rotulador, unas pocas palabras:

*En el restaurante. A las ocho en punto. Mesa diez.*

Era todo. Las ocho de la tarde, claro. A esa hora era oscuro en Munich. La hora de la cena en el lujoso restaurante de la Torre Olímpica. Un sitio frecuentado y difícil para una emboscada. Pero no así los alrededores. Porque entre los montículos de verde césped de la Ciudad Olímpica, entre sus vericuetos, sendas y carreteras, entre los edificios deportivos y los estanques de cisnes negros, ¿qué podía surgir, llegada la oscuridad, al salir o entrar en la esbelta y aguda torre?

Vance Rohmer se encogió de hombros. Había que intentarlo todo, antes de darse por vencido. Llevaba encima algún arma sofisticada proporcionada por Gruber, aparte su pluma-pistola. Pero eso podía no servir ante determinado tipo de peligros. No obstante, iría a la Ciudad Olímpica esa tarde. Miró su reloj. Aún faltaba mucho tiempo para ello, sin embargo.

Se metió en un local, y pidió un *whisky* con hielo. La saboreó lentamente, con la mirada fija en las vidrieras que daban al exterior. Le resultaba extraño que no se repitieran los atentados contra su persona. ¿Estaría preparando algo especial en su honor el misterioso adversario?

Llevaba un ejemplar del *Bild* en el bolsillo. Lo desplegó, hojeando las noticias. Una atrajo su atención casi inmediatamente. Preocupado por el anuncio de «Z», ni siquiera había prestado interés alguno a la información. Y aquélla valía la pena. Volvió a leer su titular:

DOS SUPERVIVIENTES DEL TRAGICO ATENTADO CONTRA  
JOSEF HOLZMAYER, CONVERSAN CON NUESTRO  
CORRESPONSAL EN PARÍS.

MARCEL DUPREZ, SU SECRETARIO, Y YVONNE JORDAN,  
SU JOVEN AMIGA, HABLAN DE LO OCURRIDO EN EL YATE  
DEL FAMOSO SOCIOLOGO ASESINADO.

—Marcel Duprez... Yvonne Jordan... —recitó entre dientes Rohmer, pensativo—. Ciertamente, los había olvidado casi por completo. Resulta raro que ambos sobrevivieran, tras la explosión del yate...

Leyó la entrevista. La joven hablaba de lo providencial de haberse arrojado al agua poco antes, y en la inmersión, sus piernas se enredaron en unas algas, estando a punto de perecer.

Marcel Duprez, que se lanzó en su busca, al alarmarse su patrón ante la ausencia de la muchacha, la había rescatado justo a tiempo, sacándola a la superficie, cuando ya todo eran pavesas a su alrededor. Eso era lo que ambos declaraban, al parecer muy emocionados todavía, según el corresponsal del *Bild*.

Vance Rohmer arrugó el ceño, pensativo. Además, Marcel nombraba allí algo relativo a sistemas de seguridad, radar y sonar, e incluso detectores magnéticos a bordo, para proteger a Holzmayer de cualquier peligro.

Si eso era cierto, ¿cómo no advirtió que su amiguita estaba sumergida, cerca del yate, ni llegó a tiempo de descubrir el explosivo a punto de detonar? ¿Cómo llegó a bordo ese explosivo, y cómo no fue detectado por tan sensible red de seguridad?

Demasiadas preguntas sin respuesta. Demasiados enigmas. Demasiado oscuro todo, se dijo Vance, pagando su consumición y saliendo del local, para recorrer lentamente las calles de Munich, en un paseo tranquilo. Pese a ello, sus ojos no perdían detalle de cuanto sucedía a su alrededor en las pintorescas y pulcras calles de

la bella capital bávara. Cualquier escaparate le servía de espejo idóneo para escudriñar a espaldas suyas. Pero en ningún momento captó nada sospechoso.

—Lo dicho. O me reservan algo muy especial... o han perdido mi rastro, desorientados por la explosión del avión de Frankfurt, cosa que no creo.

Regresó sin prisas al lugar donde se alojaba, un apartamento dotado de vigilancia especial por parte de Gruber, así como medios para detectar cualquier intento de agresión o allanamiento de morada. Cambióse de ropa, y eligió cuidadosamente las armas a llevar consigo.

Renunció a las convencionales, como la automática o el cuchillo que Gruber le había facilitado, para elegir finalmente su pluma estilográfica, así como unas cápsulas explosivas que no parecían sino simples tabletas de aspirina en un tubo, y un arma corta de más potencia que la falsa pluma, consistente en un cilindro que podía llevar introducido en su calcetín, sin problemas. Un disparo de aquel arma, podía destrozar la cabeza de cualquiera a corta distancia y abatir sin problemas a mayor distancia, de modo contundente.

A las siete y cuarto de la tarde, abandonó su vivienda. De soslayo, observó que la vigilancia del edificio seguía siendo cuidadosa y segura. Los agentes de Gruber andaban por doquier, controlando la situación. Era irritante a veces sentirse tan vigilado, pero por otro lado le hacía sentirse más seguro, y eso en las actuales circunstancias va era algo.

Subió al automóvil que Gruber pusiera a su disposición apenas llegó a Munich. Partió en dirección a la Ciudad Olímpica, sin perder ya más tiempo. No aceleró en exceso, porque podía recorrer la distancia en bastante menos de tres cuartos de hora.

Rodaba ya por la Infanteriestrasse, cuando sucedió lo imprevisible.

Algo frío, metálico, se apoyó duramente en su nuca, y una fría voz le advirtió:

—Cuidado, Rohmer. Un movimiento en falso, un intento cualquiera, y es hombre muerto, ¿ha entendido? Y yo no amenazo en vano. Una guerrillera de la Banda Weisker-Kaddell, jamás bromea, usted debe saberlo.

Sí. Él lo sabía. La Banda Weisker-Kaddell era una de las más sanguinarias de la Alemania Federal. Y el hecho de que la voz amenazadora fuese de mujer, no significaba absolutamente nada. Las mujeres terroristas acostumbraban ser aún más feroces y crueles que los propios hombres...

—Está bien —suspiró, en tensión, comprendiendo que lo que tanto temía ya había ocurrido—. ¿Qué debo hacer?

—Desviarse. Entrar por el primer sendero a la derecha que encuentre. Y detenerse donde yo le diga.

—¿Es allí donde va a asesinarme? —indagó, contemplando a través del retrovisor un rostro bello, rubio pero tremendamente duro y frío de expresión.

—Sí —dijo ella—. Allí, exactamente, Rohmer. Es la orden recibida.

\* \* \*

Era un sitio muy solitario aquél en que detuvo Vance el automóvil.

Bosques frondosos, terreno de alto césped, a alguna distancia de la ruta al Olympiapark, y rodeado del mayor silencio imaginable.

Siempre por el retrovisor, sin girar la cabeza para no provocar la acción violenta de su agresora, Vance Rohmer estudió el rostro entre salvaje y atractivo de la muchacha, una rubia atlética, vigorosa, pero no exenta de femineidad, a pesar de su chaqueta de cuero, sus cabellos desordenados y su aire de auténtica guerrillera. El arma, una *Parabellum* de largo cañón, se apoyaba en su nuca inexorablemente.

—¿Y ahora? —indagó.

—Baje del coche —silabeó ella fríamente—. Y con las manos en alto, no lo olvide. El menor movimiento en falso, significaría su muerte instantánea.

—¿Cree que eso me preocupa demasiado? —Gruñó Vance, mientras abría la portezuela con una mano, para situar inmediatamente las dos sobre su cabeza y empezar a salir—. Si el final ha de ser el mismo, tanto da que sea ahora o un poco más tarde, encanto.

—Cállese —le conminó secamente ella, oprimiendo con mayor

fuerza su nuca, apenas saltó tras él, al blando y húmedo suelo herboso.

Vance obedeció. Caminó unos pasos, seguido por su verdugo. Se preguntó cuándo dispararía. Sabía que a esa clase de mujeres no las detenía lo más mínimo la idea de matar por la espalda a sus enemigos. Estaban preparadas para todo.

—Quieto —dijo de repente ella, cuando alcanzaron una espesura de árboles, a poca distancia del coche—. Deténgase ahí.

—¿Este sitio le gusta para la ejecución? —preguntó secamente Vance.

—Cualquiera sirve. No hubiera elegido tanto, si pensara matarle —dijo ella de súbito.

Vance enarcó las cejas. Ella le había rodeado, y ahora se hallaba ante él, de frente, encañonándole sin contemplaciones. Observó que llevaba peines de proyectiles en los largos bolsillos de su pantalón caqui, de corte militar, rematado en botas de gruesa suela.

—Usted dijo...

—Yo dije que ésa era la orden que había recibido, no que fuese a cumplirla —rectificó la guerrillera glacialmente.

—Pues tenía todo el aspecto de disponerse a hacerlo —señaló Vance.

—Estaba en duda, eso es todo. Al final, he tomado mi decisión.

—¿Y esa decisión es...?

—No voy a disparar. No le mataré, Rohmer.

—¿Por qué?

—Porque nunca he matado a nadie. Y no lo haré por servir a mi banda.

—Eso no va a gustarles demasiado. Ya sabe cómo son sus compañeros...

—Claro que lo sé. No me gustan ellos. No me gustan sus ideas. Militaba con ellos convencida de que buscaban un nuevo sistema, un mundo mejor, y que luchaban todos de buena fe, Rohmer.

—¿Y no es así?

—Claro que no. Nadie es realmente así, aunque lo finjan unos y lo crean otros. Hay dos clases de guerrilleros o terroristas: los imbéciles como yo, y los que fingen que defienden hermosos ideales a sangre y fuego. He descubierto algo que no me gusta en la Banda Weisker-Kaddell.

—¿Qué es?

—El origen del dinero que nos financia el material y las acciones. Eso no es jugar limpio.

Alguien está engañando a los demás, y alguien está engañándonos a nosotros. Todo es pura mentira, fachada y nada más. Nadie tiene ideales puros, nadie piensa cambiar nada realmente.

Nadie dice la verdad, Rohmer.

—¿Y qué origen tiene ese dinero, para hacerla cambiar de opinión y desobedecer a sus superiores?

—Ha llegado por dos conductos diferentes. Uno, era plena y totalmente capitalista. Una multinacional importante de su país, financia nuestros gastos. Pero eso no es todo. Luego, otra suma procedía de otro lado diametralmente opuesto, de una organización policial del Este, muy conocida en todo el mundo. ¿Usted entiende lo que quiero decir?

—Creo que sí —suspiró Rohmer—. Simultáneamente, una banda de terroristas tristemente famosos por sus atracos y asesinatos, es financiada desde el extranjero por grandes capitalistas y por un organismo político-policial de signo opuesto, ¿no es eso?

—Exactamente. Ha captado muy bien la idea, Rohmer.

—Desgraciadamente, ya tenía una así en mi mente. Usted acaba de confirmarme que la cabeza del monstruo de mil tentáculos, no es una sola, sino varias, unidas por oscuros y bastardos intereses.

—¿A qué se refiere ahora? —Frunció ella el ceño.

—No, a nada —rechazó Vance con gravedad—. Bien, ¿seguimos charlando así, o prefiere bajar el arma, si no piensa agujerearme el pellejo?

—Pero usted podría hacerlo. Me han dicho que es un peligroso agente enemigo, un adversario implacable de los guerrilleros y terroristas...

—No diga tonterías. Le han dicho muchas cosas que no son ciertas, usted lo sabe ahora.

Ellos proceden así para «lavar el cerebro» de sus servidores en cualquier parte del mundo. Yo no soy enemigo de nadie. Sólo ludo por mi vida. No fui yo a buscarla a usted para matarla, sino que usted vino a mí, jovencita.

—Eso es cierto. Bien, de todos modos no voy a usar el arma, de

modo que mejor será guardarla —y la introdujo en una funda especial, situada bajo su guerrera de piel en la axila izquierda—. Ahora, ¿qué podríamos hacer?

—No sé —sonrió Rohmer, encogiéndose de hombros—. Es usted quien me trajo aquí y lleva la iniciativa de todo. ¿Qué ha pensado hacer, realmente, aparte perdonar mi vida tan gentilmente?

—No lo he pensado. Supongo que tendré que cambiar de aspecto y ocultarme... o mi banda terminará conmigo más pronto o más tarde.

—Sí, eso es lo malo de ponerse frente a ellos. El riesgo es constante. ¿Puedo ayudaría en algo, muchacha?

—No vuelva a llamarme así —se irritó ella—. Mi nombre es Hannelore. Hannelore Bauer.

En la banda, llevaba el nombre-clave de «Eric».

—No me gustaría llamarla «Eric». Prefiero su verdadero nombre, Hannelore. Suena mucho mejor para una chica como usted —miró en torno, pensativo, no descubriendo otra cosa que frondoso bosque, soledad y silencio—. ¿Hay alguna posibilidad de que la hayan vigilado en su acción, de que haya otros guerrilleros por aquí?

—No, claro que no. Tienen fe ciega en mí. He colaborado mucho con la banda, aunque no haya matado a nadie, como la mayoría de ellos. Me encomendaron este trabajo con la seguridad de que lo cumpliría. Por eso pude ocultarme en su coche y esperarle, Rohmer.

—Entiendo, Si quiere que la ayude en la medida de mis fuerzas, lo voy a hacer. Pero le advierto que si todo esto es un truco astuto para infiltrarse entre mis amigos, no le va a ser fácil engañarles. La examinarán, interrogarán y estudiarán de modo exhaustivo antes de concederle el menor crédito. Será como el insecto en manos del entomólogo o la especie rara en una jaula del zoo. ¿Se siente con fuerza para arrostrarlo?

—Si eso me da seguridad y me permite sobrevivir a la venganza de mis correligionarios, desde luego. ¿Hará usted eso por mí?

—Yo la llevaré conmigo, que es diferente. Ellos resolverán en su momento. Ahora, me urge llegar a cierto lugar, y no tengo tiempo de volver al centro de Munich ni hacer cosa alguna. Puede venir conmigo, pero habrá de cambiar su aspecto y, sobre todo, que nadie le vea esos peines de proyectiles, ni menos aún el bulto de su arma.

No daría dos pasos sin que la policía alemana cayera sobre usted, y el asunto escaparía de mis manos.

—Muy bien. Haré lo que usted diga —empezó a despojarse de cosas.

—Yo le guardaré las armas en un compartimiento del coche. Usted se pondrá una chaqueta que llevo ahí, de punto oscuro, y peinará sus cabellos. Se pondrá mis gafas de sol, y eso podrá bastar, de momento, para que vayamos a cenar juntos.

—¿Cenar? ¿Usted y yo? —dudó Hannelore, mirándole perpleja—. ¿Dónde?

—En el lugar de una importante cita. No podremos cenar juntos, claro está. Ni siquiera entrar unidos. El que me espera, sólo me atenderá si voy solo. De modo que fingiremos no conocernos siquiera. Pero podría suceder que el tipo vigile la llegada de mi coche con prismáticos, desde el restaurante de la Torre Olímpica.

—¿Es allí donde cenaremos? —Ella silbó entre dientes, al afirmar él—. Es muy caro. Para capitalistas...

—No hable así en lo sucesivo. Usted misma lo ha dicho. Su grupo no es anticapitalista, ni defiende al capitalismo. Es, simplemente, un fraude más en este gigantesco engaño del terrorismo mundial. Como le digo, pueden vigilar el coche, de modo que usted permanecerá tendida, oculta en él. Esperará diez minutos, justamente diez minutos, después de abandonar yo el vehículo, para salir de él sin que sea fácilmente visible desde la torre, y luego subirá, ocupando una mesa, lejos de la mía, sin mirarme siquiera, sin demostrar que me conoce.

Tome, este dinero le servirá para una buena cena capitalista —rió, dándole dos billetes de cien marcos—. ¿Entendido todo, Hannelore?

—Sí, creo que sí. ¿Vamos ya?

—Vamos. Por el camino arreglará su aspecto. No quiero que nadie piense que usted es una guerrillera. Pero tampoco que la imaginen un agente de Inteligencia o de un grupo antiterrorista. Ésa habrá de ser su habilidad. No me importará que pase por una provinciana sin experiencia en Munich. Ése será un buen papel.

—¿Debo hacer algo especial, mientras ceno en otra mesa, lejos de usted?

—Usted me verá con otra persona. Haga que no vigila. Pero

vigile. Es todo. Si ve algo raro a mi alrededor, trate de ayudarme. Pero sólo si ve algo raro.

Volvieron al automóvil. Momentos después, el coche reanudaba su marcha hacia la Ciudad Olímpica, y Hannelore cambiaba con rapidez su aspecto, todo lo posible, para no parecer lo que era.

## CAPÍTULO VII

Vance Rohmer entró en el restaurante situado en la cúspide de la bella y estilizada Torre Olímpica. Desde allí, en la noche, se vislumbraban ahora las panorámicas de la Ciudad Olímpica, de la ciudad de Munich, con sus millares de luces multicolores, y toda la campiña que rodeaba a la capital bávara.

El camarero que se aproximó a atenderle, le mostró una cortés sonrisa y se dispuso a acomodarle en una mesa. Rohmer avisó brevemente:

—No, por favor. Me espera un amigo. Mesa diez.

Asintió el camarero, conduciéndole al lugar indicado. Era una mesa junto a las vidrieras circulares del bello mirador olímpico. Un hombre aparecía sentado en la misma. Era delgado, de traje oscuro, con una flor en el ojal, corbata de impecable nudo, camisa cara y rostro alargado, de expresión melancólica. Parecía cualquier cosa menos un terrorista.

—Buenas noches —le saludó, tendiéndole su mano con frialdad cortés—. Soy Franz Dietrich, señor Rohmer. Siéntese, se lo ruego. Y le recomiendo la sopa del día. Es excelente, si le gusta la cocina muniquesa.

Rohmer no era un entusiasta de la misma, pero aceptó la sugerencia. Después, solicitó carne a la brasa con patatas hervidas, y vino del Tirol para su cena. Devolvió la carta al camarero, y se quedó mirando al hombre de aire apacible.

—Franz Dietrich —dijo lentamente—. ¿Usted es el anunciante que respondió?

—Exacto —sonrió débilmente el hombre—. Apartado postal 807. Una bella vista del Olympiapark, ¿cierto?

—Muy cierto. Pero me gusta más al natural —miró a través de

las vidrieras. Munich era un ascua de luz en la noche cristalina y algo fría—. Sin embargo, no son esa clase de fotografías las que he venido a ofrecer.

—Lo sé —humedeció Dietrich sus labios con lentitud. Sus ojos eran tan claros que parecían acuosos, y se mantenían fijos en su interlocutor, con cierta cautela. Miró en torno, siempre en guardia, y Rohmer observó que tenía junto a sí unos poderosos binoculares en su funda de cuero. No se había equivocado en eso.

El camarero trajo su copa y el vino. Pan moreno, de Baviera, reposaba en un cestito con servilleta roja. Su compañero de mesa le mostró la sopa, risueño.

—¿Lo ve? Realmente deliciosa. Los trozos de carne picada son excelentes...

Fue como si una mariposa o un insecto cualquiera cayera en el caldo. Pero había partido de los dedos delgados y sensitivos del hombre. Vance no dijo nada. Pero escudriñó, en su sopa, el pequeño rectángulo de celuloide, hundido entre el caldo y las pequeñas bolas de carne. No dijo nada. Pero llevó la cuchara a la boca, llevando caldo, carne... y el trozo de celuloide, que engulló, depositándolo en su cavidad bucal, sin ingerirlo.

—Ahora, espero su propia muestra, señor Rohmer —silabeó fríamente su interlocutor, inclinándose sobre la mesa para tomar una rebanada de pan.

Vance asintió, notando la molesta presencia del celuloide en su boca. Extrajo una carterita de fósforo, y la depositó junto al pan, con gesto significativo.

Dietrich no hizo gesto alguno, pero sus ojos brillaron. Extrajo un paquete de cigarrillos y tomó uno. Lo encendió con un fósforo de la carterita, y guardó ésta en el bolsillo. Vance sonrió, murmurando de modo que no tragase la película:

—Un momento, por favor. Ahora vuelvo.

Se incorporó, encaminándose a los servicios. En ese momento, con el rabillo del ojo, observó que el camarero estaba aposentando a Hannelore Bauer en una mesa alejada de la suya. Tras las gafas oscuras, los ojos de la rubia guerrillera debían de estar fijos en Dietrich, pero lo mejor es que no lo parecía en absoluto.

«Buena chica Hannelore», pensó, preguntándose si realmente obraba de buena fe o era una estratagema del enemigo. Pero tenía

que correr riesgos, y éste era uno de ellos nada más.

Entró en el lavabo, y una vez solo en un servicio que cerró tras de sí, extrajo de su paladar la película allí ad: herida. La examinó a la luz, con una potente lupa que llevaba consigo. Respiró hondo. Era auténtico. Un fotograma con la escritura de Josef Holzmayer. Un fragmento del microfilme. Sólo dos páginas del original tan ansiado y revelador.

—Espero que él examine el mío, y se trague el anzuelo —murmuró.

Guardó el fotograma, que por sí solo no revelaba gran cosa a un posible lector de las páginas reproducidas, y regresó sin prisa a la mesa. No pudo llegar a ver cómo el tal Dietrich, apenas él se alejaba, utilizaba unas gafas, uno de cuyos vidrios era una lente de aumento, para examinar la cajita de fósforos, en cuyo interior estaba adherido el microfilme preparado por Gruber con manuscritos antiguos de Holzmayer.

Dietrich había parecido satisfecho. Luego, se retrepó en su asiento, esperando el retomo de Vance. Cuando éste avanzó hacia la mesa, ya de regreso, iba pensando en la manera de llegar hasta el resto del microfilme obtenido por Dietrich de modo aún desconocido para él, pero que el individuo estaba dispuesto a completar como fuese, pagando por el resto del microfilme que suponía incompleto.

—Bien, señor Dietrich —dijo, sentándose de nuevo frente a él, mientras veía de soslayo cómo la guerrillera iniciaba su cena «capitalista» sin demasiados escrúpulos de conciencia—. Todo está conforme. Usted posee, evidentemente, el resto del microfilme. ¿Qué prefiere?

¿Pagarme a buen precio el resto... o venderme su parte por medio millón de marcos?

Era una oferta tentadora, la que Gruber le había autorizado a hacer, con tal de intentar recuperar el microfilme sin necesidad de violencias.

Dietrich permaneció totalmente callado, sin moverse de su posición en la silla, frente a él.

Rohmer, que reanudaba la degustación de su sopa muniquesa, alzó los ojos, sorprendido, mirando a su compañero de mesa.

Sufrió un brusco sobresalto. El rostro del hombre era pálido,

pero ahora tenía una rara lividez y tensión. Estaba rígido en su silla, sin expresión en el rostro, la mirada perdida en el vacío. Vance se inclinó. Le tocó el hombro, insistiendo:

—Vamos, señor Dietrich, ¿qué diablos le ocurre ahora?

Y, como había temido, el hombre se derrumbó de lado, golpeando sordamente el suelo.

Una espuma lívida burbujeaba ya en sus apretados labios.

Estaba muerto. Vance hubiese podido jurar que envenenado.

\* \* \*

Los comensales se volvieron, sobresaltados, pensando en un desvanecimiento o un colapso repentino. El camarero corrió hacia ellos, muy pálido y demudado.

Vance se puso en pie de un salto. Aferró la chaqueta del camarero con energía.

—¡Este hombre está muerto! ¡Le han envenenado! —acusó—. Pronto, ¿qué cocineros y camareros han manipulado los platos de su carne?

—Pero señor, yo... —El infortunado tragó saliva, realmente aterrado—. Sólo yo recogí los platos de la cocina... Ningún otro camarero. Los cocineros y yo...

—Vamos a la cocina —exigió Vance, en medio de un considerable revuelo—. ¿Son los camareros habituales en estas cocinas? ¡Vamos, responda!

—Todos, sí... ¡Bueno, sólo hay un suplente, que sustituye a uno que enfermó, pero...!

—¡Vamos en busca de ese suplente, amigo! —Se volvió a otro camarero—. Y usted, llame entre tanto a la policía. Esto ha sido un asesinato.

Antes de desaparecer por la puerta de las cocinas, observó Vance que Hannelore Bauer se incorporaba con rapidez de su mesa, moviéndose también hacia las cocinas, entre la confusión reinante.

Penetraron el camarero y él en las limpias dependencias, donde unos cocineros de rostro asombrado les vieron aparecer. Vance contó a tres hombres de límpido gorro y aspecto saludable.

—¿Cuál de ellos es el suplente? —preguntó al camarero—. ¿Cuál de los tres?

—Ninguno, señor —jadeó el hombre, apurado—. Son cuatro cocineros... Éstos son los habituales... Eh, vosotros, ¿y el suplente? Ha ocurrido algo en el comedor...

—¿Stratt, el nuevo? —Uno de ellos enarcó las cejas y señaló al fondo—. Fue hace poco al lavabo. ¿Qué es lo que sucede?

Vance no perdió el tiempo. Saltó el mostrador de la cocina, y pasó como una exhalación ante la perplejidad de todos, mientras el camarero narraba en alemán, vertiginosamente, todo lo sucedido en el comedor. El reportero alcanzó los lavabos, y al abrir la puerta observó que no había nadie dentro.

—¡No está! —rugió—. ¿Por dónde pudo salir sin ser visto por ustedes?

Los cocineros se miraron entre sí. Uno vaciló, señalando una puerta, no lejos de los servicios del personal.

—Quizá por allí... Es la salida de servicio, señor...

Vance Rohmer corrió en esa dirección sin perder tiempo. Alcanzó las escaleras que descendían de lo alto de la Torre Olímpica hasta la base. Observó que el ascensor estaba funcionando. Descendía. Quizás en él iba ahora un asesino.

Furioso, corrió a las escaleras, para descender por ellas todo lo rápido que le era posible, y no había rastro del cocinero asesino.

Entonces, Vance cometió su mayor error. Se precipitó fuera de la Torre Olímpica, a la noche del Olympiapark, en busca de su presa. No quería perder la ocasión de dar alcance a aquel enviado de los terroristas.

Pero eso era suicida, porque eso justamente debían de esperar sus enemigos mortales. Y el cocinero envenenador no debía de estar solo en la acción.

Una ráfaga de metralleta llegó desde un vehículo aparcado frente a la torre. Vance tuvo el tiempo justo de arrojar de bruces, mientras la hojarasca saltaba en pedazos, acribillada por los disparos, y unos vidrios a su espalda estallaban violentamente.

Se tumbó de bruces tras un vehículo, maldiciendo su torpeza. De otro lado, llegó otro rosario de balas que, rebotando en la carrocería protectora, terminaron por agujerearla y hacer saltar en mil pedazos los vidrios del parabrisas, cosidos a balazos. Una pistola, desde un tercer piso, ladró, rozando la bala los cabellos de Rohmer. Éste se agachó más aún, virtualmente pegado al suelo. Otra ráfaga de

metralleta reventó los neumáticos del coche protector, y sintió hervir la tierra muy cerca de él, al sufrir los impactos de los proyectiles.

Estaba acorralado, y no podía hacer gran cosa, salvo defenderse a la desesperada. Extrajo con dificultades el tubo de cápsulas explosivas de gelatina. Destapó el tubo, echó cuidadosamente hasta cuatro cápsulas en su mano, guardó el tubo de nuevo, y luego arrojó las píldoras con fuerza, en dirección al origen de los disparos.

La noche se llenó de luz y de ruido. Los estampidos, acompañados de fuertes llamaradas, hicieron estallar la gasolina de un vehículo, que empezó a arder con violencia, y una voz humana chilló desesperadamente en alguna parte. Era evidente que uno de sus enemigos estaba malherido. Pero eso no frenó su agresividad, sino que más bien aumentó la virulencia de los otros terroristas, cuyas armas crepitaron furiosamente, acribillando el coche tras el que se parapetaba Vance.

Éste notó, con inquietud, que la metralleta se había desplazado considerablemente a su derecha, lo cual significaba que pronto estaría en descubierto, a merced de sus enemigos.

Trató de pensar con rapidez en una maniobra de evasión, pero no era tarea sencilla.

En la distancia aullaban ya las sirenas de la policía de Munich, pero los atacantes disponían de tiempo suficiente para acribillarle a placer, y eso es lo que pensaban llevar a cabo sin pérdida de un solo instante.

En ese momento, para fortuna de Vance Rohmer, apareció Hannelore en la puerta de la torre. Debía de haber bajado utilizando el ascensor, porque no jadeaba, y su carrera era elástica y segura. Antes de reunirse con él, extrajo algo de sus ropas, y lo arrojó contra la oscuridad, allá donde las armas rugían.

Era una granada de mano, porque la explosión fue violentísima, un coche saltó por los aires, otro se arrugó como un acordeón, y un cuerpo humano voló, desgarrado, mientras los ecos de la explosión se iban amortiguando. Luego, no satisfecha con eso, Hannelore extrajo de sus ropas una pistola automática, y comenzó a disparar contra las sombras del Olympiapark, causando sin duda la desorientación y temor de los supervivientes de la embocada.

Lo cierto es que un automóvil partió, con maullido de

neumáticos en el asfalto, mientras una sola arma crepitaba ya débilmente, cubriendo su retirada, y se perdió entre los vericuetos que las sendas formaban en la verde alfombra del Parque Olímpico.

Hannelore aún hizo fuego dos o tres veces contra el fugitivo, y luego se dejó caer junto a Rohmer, interesándose vivamente por su estado:

—¿Le ocurre algo? ¿Está herido? —indagó, preocupada.

—Cielos, no. Pero no tenía armas para defenderme de todos ellos —resopló Vance—. Gracias por su ayuda, Hannelore. Creo que es la segunda vez que le debo la vida...

—Bah, olvídelo —guardó su arma, y miró pensativa hacia las luces que, dando guiños parpadeantes en la distancia, se aproximaba a ellos—. Lo malo es que viene la policía, y tengo una respetable ficha por delitos de terrorismo...

—No se preocupe. Hay alguien que la sacará de ese lío. No trate de resistirse. ¿Por qué lleva armas, si le dije que las dejara en el coche?

—No sé, me siento como desnuda sin ellas —rió de buena gana, guiñándole un ojo—. Y no me puede regañar demasiado. Gracias a eso, usted y yo estamos vivos aún... ¿Qué diablos ocurrió arriba con su amigo? Estaba más muerto que Federico el Grande.

—Ya se lo contaré, Hannelore —Vance se incorporó despacio, mientras varios coches-patrulla rodeaban la torre, sin cesar los parpadeos de sus luces, y otros partían en persecución de los terroristas fugitivos—. Ahora, vamos a dejarnos detener sin la menor resistencia, recuerde... Una llamada mía, bastará para que nos saquen a ambos de este lío.

—Ojalá sea así —suspiró Hannelore cansadamente—. No me gustaría terminar mi juventud en una celda, junto a otros compañeros de la Banda Weisker-Kaddell...

## CAPÍTULO VIII

—Evidentemente, lo perdimos todo —suspiró Gruber, mirando con cierta desesperanza a Vance Rohmer y a Erika Walter—. Su idea fue buena, Rohmer, pero debimos pensar que ellos no dejarían de vigilar a su hombre, sabiendo que él tenía el microfilme.

—Dietrich pensó sin duda en obtener mucho dinero, bien a cambio del trabajo de Holzmayer completo, entregado a sus jefes de la organización, bien obteniendo de nosotros el mejor precio para lo que tenía en depósito. Y eso le perdió.

—Vance, ¿cómo cree que llegó ese microfilme a poder de un hombre como Franz Dietrich? Ni siquiera tenía antecedentes policiales, ni como terrorista, ni como delincuente común...

—Creo que tiene una explicación —meditó en voz alta Rohmer—. El debió de recibir ese microfilme de manos de la persona que me lo robó a mí, para evitar que nadie pudiera hallarle encima a esa persona el objeto robado. Ello parece evidenciar que se trata de alguien que podría verse gravemente comprometido en un caso así. Dietrich, un hombre sin antecedentes, podía ser muy útil a la organización, como simple intermediario de asuntos delicados. Lo malo es que ese microfilme tenía mucho valor para todo, y Dietrich pensó en ambas posibilidades: o conseguir lo que creía faltaba del mismo, para recibir una recompensa generosa de sus jefes, o vender el que tenía, si se le pagaba lo suficiente para irse lejos de Alemania, pensando que la impunidad podría existir en alguna parte del mundo para quien traiciona a los altos cargos del terrorismo internacional.

—En resumen: era sólo un elemento postizo en la organización. Su muerte no nos llevará a ningún sitio —corroboró Gruber, ceñudo—. Ni siquiera al microfilme.

—¿Cree que lo tenía él? —dudó Erika—. ¿No se lo robarían tras envenenarle?

—No —rechazó Vance—. No pudieron hacerlo. Nadie, salvo el camarero, se aproximó a él. Y el camarero está libre de sospechas. Hannelore Bauer vigilaba la mesa y recuerda muy bien que ni siquiera algún comensal se aproximó a la mesa en mi ausencia. Por tanto, fue envenenado, y nadie intentó robarle nada, por la sencilla razón de que sería ingenuo imaginarse que Dietrich llevaría encima algo tan precioso. Sin duda lo ocultó en alguna parte, tras llevar consigo el fotograma que me entregó.

—¿Y ese sitio... cuál puede ser?

—No lo sé, Erika —sonrió Rohmer tristemente—. Ni creo que nadie lo sepa.

—Eso significaría que ni ellos ni nosotros tendremos nunca el microfilme —sentenció Gruber, sombrío—. Pero lo cierto es que ambos bandos tendremos siempre la duda de que el otro haya terminado por conseguirlo. Ellos, para deshacerse definitivamente de tan peligrosos documentos. Nosotros, para darlos a la luz pública.

—¿Cree que es de fiar esa guerrillera de la Banda Weisker-Kaddell, Hannelore Bauer? —preguntó ahora Erika, pensativa.

—No lo sé —confesó Vance francamente—. Lo cierto es que pudo haberme asesinado, y no lo hizo. Luego, intervino en mi ayuda cuando más lo necesitaba, y acabó con dos terroristas, salvándome la vida de nuevo.

—Todo eso podría hacerlo para ganarse nuestra confianza —apuntó Erika.

—Ya lo he pensado —asintió Vance. Miró a Gruber—. ¿Usted qué cree?

—Yo nunca creo nada —manifestó el jefe del antiterrorismo alemán—. Prefiero estar plenamente seguro de lo que sea. Y por el momento, no tengo aún esa seguridad sobre Hannelore Bauer. Se la está interrogando, analizando minuciosamente, revisando sus expedientes, observando sus reacciones... Será una labor dificultosa, pero estoy seguro de que saldremos de dudas sobre ella. Si todo resulta como espero, es posible que pronto podamos decir si ella es de fiar o no. Los exámenes psicotécnicos efectuados hasta ahora, revelan que es una joven impulsiva, que recibió ideas extremistas

contra los sistemas capitalistas del mundo, y que obraba de buena fe en sus actividades. Participó en atracos y atentados, pero no existe evidencia alguna de que ella matase nunca a nadie. Puede ser una idealista equivocada, una más de las que ellos utilizan, no sé. Tiene inteligencia natural, y no mucha cultura. De momento, es todo lo que hemos conseguido.

—Parece bastante positivo, para proceder de una persona como ella —comentó Erika con cierto alivio.

—Sí, en eso estoy de acuerdo. Pero hemos de profundizar más. No quiero tener un espía de ellos metido entre mi gente, Erika. Ahora, Rohmer, ¿qué ha pensado usted hacer, cuando ya no hay esperanzas de recuperar el microfilme?

—No lo sé —confesó el reportero—. De momento, voy a hacer un viaje, si usted me lo autoriza, señor Gruber.

—¿Un viaje? ¿-Adonde?

—A París, señor...

## CAPÍTULO IX

### París

El avión sobrevolaba ya la capital francesa, hacia Orly, Vance Rohmer, sentado en uno de los asientos, junto a la ventanilla, miró hacia abajo pensativo.

Había esperado cualquier cosa en aquel viaje: un posible secuestro, un atentado en pleno vuelo... Pero nada de ello había ocurrido. Estaba llegando a París, sin novedad alguna. Ciertamente que su nombre no figuraba en la lista de pasajeros, cierto que todos, incluidos el propio Gruber y Erika Walter, habían visto salir a Vance Rohmer en automóvil de Munich, con destino a París, y que a nadie reveló que iba a tomar un avión. Pero cuando llegó con su coche a Estrasburgo, tomó allí un avión, con nombre supuesto y una buena caracterización, para alcanzar París por vía aérea contra todo lo anunciado. Si había sido vigilado y seguido, ahora sus seguidores debían de estar furiosos, intentando alcanzar París por tierra, para darle caza.

Sonrió, esperando el momento de aterrizar, todavía con cierta inquietud. Pero el avión tomó tierra sin problemas, y momentos más tarde pasaba las aduanas francesas, recuperado ya su aspecto habitual, sin ocultar su personalidad.

Un taxi le condujo a los Campos Elíseos, a un determinado hotel cuyo nombre había publicado en el *Bild*, días atrás. Se alojó con su propio nombre, pero cuando ocupó su habitación, situó un detector de explosivos en el mismo quicio de la puerta. Si alguien intentaba volarle allí dentro, el detector marcaría la presencia del artefacto antes de su explosión.

Luego, bajó a recepción, y se aproximó al conserje, para hacerle una simple pregunta:

—Perdone, pero tengo dos buenos amigos en este hotel —dijo—. Desearía saber si aún se alojan aquí...

—¿Puede darme sus nombres, señor?

—Por supuesto: Yvonne Jordan y Marcel Duprez.

El conserje asintió sin consultar lista alguna. Su voz sonó segura:

—Oh, desde luego, *monsieur*. La señorita Jordan y el señor Duprez fueron los supervivientes de una tragedia en el Pacífico, ¿no es cierto? Sí, vienen muchos periodistas a verles. Los encontrará en las habitaciones 306 y 308, en la tercera planta, si desea verles ahora.

—Es muy amable —dijo Vance, asintiendo.

Y tomó con rapidez el ascensor hacia la tercera planta.

\* \* \*

—Sí, señor Rohmer, así fueron las cosas —suspiró Marcel Duprez con lentitud, revelando en su gesto una sombra de dramatismo todavía—. Cuando yo me sumergí en busca de algún rastro de la señorita Jordan, fue cuando ocurrió la tragedia. Aún no he podido olvidar cómo pareció hervir el mar sobre mi cabeza, el repentino calor de las aguas alrededor mío, y la sacudida que experimentó toda la zona en derredor del lugar de la explosión. Luego, creo que hallé a la señorita Jordan por puro azar, la arranqué de las algas que la retenían, y pudimos emerger, cuando ella apenas podía ya respirar. El espectáculo era dantesco. Maderos, pavesas, aceite y gasolina por doquier, aún llameando...

—¿No se quemó ninguno de ustedes? —indagó Rohmer, curioso.

Duprez y la joven cambiaron entre sí una mirada. Luego, ambos negaron.

—No, no —rechazó ella—. El lugar donde emergimos debía de estar muy cálido a causa de la explosión, pero el agua no ardía. Ni el señor Duprez ni yo sufrimos quemaduras.

Además, en el fondo el agua estaba muy fría, y eso debió proteger más nuestra piel.

—Entiendo —Rohmer anotó todo eso con rapidez en un bloc—. Supongo que mi reportaje no va a ser mucho mejor que el de mis

colegas, pero yo me atrevería a hacerles unas preguntas que cambien cuando menos el matiz de la entrevista. ¿Están dispuestos a contestarlas?

—Si ello nos es posible, claro —asintió Marcel Duprez, algo cauteloso ahora—. ¿De qué se trata, señor Rohmer?

—Mire, mi revista, *Der Planet*, es una publicación combativa, ágil y distinta. No les gusta publicar cosas rutinarias ni convencionales. Por eso, mi pregunta a ambos, para empezar, es la siguiente; ¿conocían los dos lo que su jefe, el señor Holzmayer, estaba escribiendo a bordo?

Yvonne Jordan vaciló. No esperaba esa pregunta. Su voz fue insegura:

—Bueno, yo... nunca recibí una preparación excesiva. Pero él me dijo cosas. Como que estaba haciendo algo grande, algo que revolucionaría a la opinión mundial, y cosas así.

—¿Y usted, señor Duprez? Usted era su secretario, y usted es un hombre culto...

—Bien, sabía que preparaba un amplio ensayo sobre temas actuales, como el terrorismo a escala internacional y todo eso —habló Marcel algo brusco—. Pero nunca me dejó leer una sola página de su tarea. Sólo me pedía que enviase el trabajo a sus impresores en Filipinas.

Allí pensaba editar su obra. También me hizo hacer unas copias fotográficas para su hermano Rudolf.

—Pero usted sabía lo que se traía entre manos. Usted sabía que era muy peligroso. Y que el señor Holzmayer temía por su vida y tenía toda clase de sistemas de seguridad a bordo...

—Sí, por supuesto. ¿Y qué? Todo eso falló a la hora de la verdad. Ni él ni yo detectamos nada... y la tragedia se consumó.

—¿Cómo pudo fallar?

—No lo sé —se mostró adusto Marcel Duprez—. No soy experto en electrónica. El sí lo era. Josef Holzmayer dispuso todos sus sistemas de seguridad, y él personalmente los revisaba.

—Pero alguien los desconectó. Ni siquiera el radar les reveló la presencia de una persona bajo el agua. En este caso, la señorita Jordan, ¿no es cierto?

—Pues... sí. Entonces es cuando debió averiarse.

—¿Y no es raro que se averiase justamente cuando iba a estallar

una carga explosiva a bordo... y cuando ustedes dos no estaban allí es cuando se produjo la explosión?

—¿Qué quiere decir? —Se levantó airado Marcel Duprez—. ¿Nos está acusando de algo?

—No podría hacerlo —sonrió Rohmer fríamente—. No tengo pruebas. Sólo les hice una pregunta, señores...

—La señorita Jordan no sé lo que hará, pero yo me niego a responderla. Buenas tardes, señor. Le agradeceré salga de mi habitación inmediatamente. Y preferiría que ni siquiera publicase ese reportaje. Es... es intolerable para dos personas honestas.

—¿Es que nos acusa usted de tener algo que ver en la muerte de Josef? —murmuró Yvonne, muy pálida, mirándole angustiada—. Eso... eso es indigno y...

—Señores, ya me marchó —suspiró Rohmer, poniéndose en pie—. Ya les dije que mi revista es muy especial. *Der Planet* es una publicación enemiga de todo acto terrorista de cualquier signo. Lo de ese yate fue terrorismo. Y los que colaboraron con los culpables de ese crimen, son terroristas y serán tratados como tales en cuanto se pueda probar su participación en los hechos. Nosotros tenemos una norma, señores. Los terroristas que no pueden ser castigados legalmente por las autoridades... lo son por nosotros. Ya sabe, la norma del «ojo por ojo». Es la única forma de erradicar de una vez por todas el terrorismo de nuestro mundo.

Buenas tardes. Y créame: no sólo voy a publicar esta entrevista, sino que añadiré algunos datos muy interesantes, como son el hecho de que una cierta tintura especial sobre la piel, permite a las personas nadar en aguas que tienen una elevada temperatura tras una explosión, sin sufrir quemaduras. Y que en esa zona del Pacífico donde ocurrió todo, las algas se hallan a tal profundidad, que difícilmente hubiese podido usted bajar a rescatar a la señorita Jordan, y elevarse de nuevo, sin necesidad de reponer aire en sus pulmones, y menos aún en los de ella que, de suceder así las cosas, habría regresado sin vida a la superficie. ¿Quiere que les presente el informe oceanográfico correspondiente que he obtenido antes de venir a verles ahora, señores, buenas tardes... y adiós? Ah, pueden presentar demanda judicial por injurias a mi periódico. Pero no se lo recomiendo. No ganarán nada. Y pueden perderlo todo. Hasta la vida, si probamos que ustedes ayudaron a que fuese asesinado Josef

Holzmayer...

Abandonó la estancia, con una fría sonrisa. Dejó allí a una joven pareja, pálida y sobresaltada, por debajo de su falsa indignación, muy distinta a la sonriente y amable que encontró inicialmente.

Yvonne Jordan y Marcel Duprez tenían ahora motivos sobrados para sentirse preocupados.

Y para recurrir a alguien, en el momento de apuro. Alguien en quien confiaran. Alguien que pudiera sacarles del atolladero.

Ese alguien, sólo podía ser la persona que sirvió de intermediaria entre la organización internacional y ellos dos.

Por ello, Rohmer vigiló cuidadosamente en las siguientes horas la habitación de Marcel Duprez, desde otra habitación alquilada en el lado opuesto del pasillo, a nombre de un supuesto amigo que nunca se alojaría en aquel hotel.

Se llevó una terrible sorpresa cuando un hombre fornido, rubio, de edad madura y aire de hombre de negocios típicamente americano, se detuvo ante la puerta de la alcoba de Duprez, llamó con los nudillos suavemente, tras mirar a un extremo y otro del pasillo, y entró en la estancia, cerrando tras de sí.

Conocía a aquel hombre. Y era el último a quien hubiera esperado ver en París, relacionado con los asesinos de Josef Holzmayer.

Ese hombre era Alexandre Scott. Para Sybil, su prometida, el querido y entrañable «tío Alex» de Nueva York, el famoso industrial de los plásticos...

\* \* \*

Tío Alex...

A Vance le costó digerir la noticia. Hubiera sospechado de cualquier persona, menos de alguien relacionado con Sybil. Su propio tío había sido parte, voluntaria o no, en la muerte de su joven y bella sobrina. Recordó que ambos se habían enfrentado con motivo de un artículo suyo en el *Globe*, que Alexander Scott reveló disgusto y contrariedad por esa crónica. Pero ni ella ni él pudieron nunca imaginar cuál era el verdadero motivo de tal disgusto. Ni la causa de sus frecuentes viajes al extranjero...

Ahora, ya lo sabía. Recordó lo que dijera Hannelore: la Banda

Weisker-Kaddell, recibía dinero por dos conductos. Uno, eran ciertas multinacionales americanas. Scott y sus plásticos... Se vendían en todo el mundo. Su marca era famosa en todos los continentes. Podía ser una de esas multinacionales, financieras del terrorismo, bajo el falso pretexto de combatir a lo que ellos mismos representaban...

Alexander Scott no sería tampoco el cerebro, estaba seguro. Sólo un engranaje más, un simple peón. Un peón de cien o doscientos millones de dólares. Rohmer empezaba a sentirse desbordado por la magnitud de los acontecimientos. Era demasiado para él. Intuía algo terrible, incommensurable. El Terrorismo Mundial era algo más que simples multinacionales, si el director y propietario de una de ellas se rebajaba a visitar a dos asesinos vulgares.

No quería pensarlo, pero su imaginación volaba sin remedio, y veía algo oscuro y aterrador, en el fondo de todo este caos desestabilizador del equilibrio mundial. Algo que ni él ni nadie podía en realidad combatir con la esperanza de vencer algún día de forma total y decisiva.

Se podían cortar tentáculos, pero nunca podrían destruir la cabeza del monstruo. Eso era lo peor de todo.

Esperó a que saliera de allí Scott. Tardó en hacerlo. Casi hora y media. Cuando lo hizo, se enjugaba el sudor de su rostro con un pañuelo, y su gesto era adusto, de viva contrariedad.

Le siguió cautelosamente a la planta baja, sin ser advertido. Luego, la persecución fuera del hotel, por las calles de París. La capital francesa le ofrecía un día amable y soleado, pero Vance no estaba para disfrutar del buen tiempo ni de los encantos parisinos.

Alexander Scott viajó en un suntuoso Cadillac, que él siguió gracias a la pericia de un buen taxista parisiense, demasiado locuaz tal vez, pero verdadero maestro al volante. Estuvo seguro de que Scott no advertía que era seguido, ni su chófer uniformado tampoco. A su vez, tampoco parecía él ser seguido por nadie. Pero de eso no se podía nunca estar seguro.

Scott se detuvo ante un pequeño restaurante árabe de Montmartre, donde despidió al Cadillac, y entró, siendo recibido obsequiosamente por un camarero de tez oscura y cabello ensortijado.

Avanzó hacia el interior, perdiéndose en las sombras del local.

Vance consultó su reloj.

Eran las siete y media de la tarde. A nadie sorprendería en París que un americano cenara a esa hora en un restaurante. De modo que entró en el mismo local que el millonario, y se sentó a una mesa, pidiendo un menú típicamente árabe, que el camarero, complacido, se apresuró a encargar en la cocina. Vance, pensativo, contemplaba el desfile de gente por el *boulevard* Montmartre, y el motivo multicolor y alegre de los postes de anuncios típicamente parisienses. Algunos vendedores argelinos, instalaban sus tenderetes en las aceras del bulevar. En un cinematógrafo cercano, exhibían dos películas de Bruce Lee, en programa doble, y había una nutrida cola en la taquilla. A la gente le gustaba la violencia. Pero cuando la veían en una pantalla cinematográfica. En la realidad, era bastante distinta. Y bastante peor.

Le sirvieron el

*cous-cous*

tradicional. Lo probó. Estaba excelente. Pero sus ojos, de soslayo, observaban las puertecillas morunas, al fondo de la sala. Una era de la cocina, otra de los servicios, una tercera de utilidad ignorada. Tal vez un almacén, tal vez... un refugio, un lugar donde reunirse con alguien...

A mitad de su plato, se incorporó. Caminó hacia los lavabos con toda naturalidad. Pero no entró en ellos. Como si se equivocara, abrió la puerta sin rótulo. Vio una escalera angosta, descendente a un sótano. Olía a humedad. Tal vez vinos viejos y cajas vacías se almacenaban allá abajo. Pero podía ser la puerta utilizada por Alexander Scott, el inefable tío Alex, el siniestro tío Alex...

De pronto, notó que vacilaba. Un mareo le invadió. Todo le daba vueltas. Tal vez el vino le había hecho daño, pensó. Luego, quiso retroceder, apartarse de la escalera. Se volvió. Tras él, sonreía el camarero con expresión amable. Pero le empujó.

Le empujó, y Rohmer rodó escaleras abajo.

Pero cuando caía dando tumbos por los escalones gastados y estrechos, ya había perdido el conocimiento totalmente. Ni siquiera sintió dolor.

## CAPÍTULO X

Ahora, sí. Ahora sentía dolor. Un fuerte e insoportable dolor.

Se quiso erguir. No pudo. Estaba ligado. Fuertemente ligado, sujeto a un poste o columna de cemento. Alrededor de él, la claridad era escasa, y el aire olía a humedad de subterráneo.

Frente a él, se apilaban las cajas conteniendo botellas de cerveza, vino o colas, cajones de latas de conserva, garrafas y un sinfín de cosas más. Pero eso no era todo. Había una luz pendiente del techo. Y varias personas reunidas en torno a una mesa.

Iban encapuchadas. Pero pudo reconocer la recia humanidad de Alexander Scott, entre todas ellas. Los ojos, a través de rendijas en la negra tela, se fijaban en él inquisitivamente.

—Bien, Rohmer —dijo una sorda voz bajo una máscara de tela—. De modo que lo siguió intentando. Llegó hasta aquí.

—No creo que sea todo lo que yo ambicionaba —gruñó el reportero—. Deseaba ir más lejos, subir más alto...

—Lo suponemos. Pero nunca lo hubiera logrado —hubo una ronca risa—. Esto ya es demasiado para un entrometido periodista metido a redentor y espía a la vez. ¿Qué diablos esperaba? ¿Vencer a quienes no pueden ser vencidos?

—Sé que no pueden ser vencidos. Están demasiado arriba sus amos y señores, ahora lo veo claro. Pero se puede luchar. Si todos lo hacemos, si dejan de creer en ustedes esa horda de fanáticos, de idealistas y de necios, se habrá hundido su negocio maldito.

—Espera demasiado de la masa —se burló otro encapuchado—. Sabemos manejarlos a nuestro antojo.

—Y a su vez, ustedes son manejados por otros que están más arriba.

—Pero a sabiendas. Nosotros somos ejecutivos de nuestra gran

empresa. Los demás, simples obreros, ciegos y torpes, que van adonde se les envía. Rohmer, tiene que morir.

Ahora sabe demasiado ya.

—Iba a morir de todos modos, ¿no? —murmuró Vance, despectivo.

—Eso es cierto. Pero incluso sabe la identidad de uno de nosotros...

—Alexander Scott —silabeó Rohmer con desprecio—. El magnate de los plásticos. El afectuoso tío Alex. Y permitió el asesinato de su propia sobrina...

—¡Usted fue el causante! —aulló el aludido, arrancándose la capucha de golpe, con rostro congestionado—. ¡Usted, Rohmer, que tenía que sufrir un serio aviso, y mi sobrina fue la víctima elegida! Yo no podía oponerme. Aquí, nadie se puede oponer a nada. Es nuestra ley.

—Me dan ustedes asco. Náuseas —jadeó Vance Rohmer—. Terminen conmigo cuanto antes. Es mejor estar muerto que rodeado de basura humana. La gente que es engañada y cree luchar en América, en Oriente Medio, en África, en Italia o en Alemania, en España o en Francia por unos ideales o una política determinada, todavía tiene la relativa disculpa de su ignorancia y de su ciega estupidez para colaborar en los planes de una fuerza que nada tiene que ver con lo que ellos creen defender. Pero todos ustedes, que son conscientes servidores del terrorismo mundial, sabiendo que ese terrorismo está mantenido, manipulado y conducido por algunas multinacionales dueñas de mercados, por algunas grandes asociaciones bancarias, e incluso por algunos gobernadores de países poderosos, que se lucran de ese terrorismo, que obtienen por medio de él beneficios económicos y políticos, ustedes no tienen disculpa ni perdón. Ni siquiera son terroristas o guerrilleros engañados, sino dirigentes fríos, lúcidos, implacables, ambiciosos y crueles como ninguno. Y por encima de ustedes... los intocables.

Los que no pueden ser acusados jamás, los que están siempre en la impunidad. Nombres que harían estremecer de asombro y de incredulidad al mundo entero. Personalidades, entidades, gobiernos... Todo corrompido, todo envilecido.

—Muy moralista y muy demoledor —rió otro—. Terminemos con esto. ¿Quién va a ejecutar a Vance Rohmer?

Unas manos enguantadas pusieron sobre la mesa una pistola automática con silenciador.

Vance la miró, tenso. Conocía la técnica. Un disparo en la sien o en la nuca. Es lo que acostumbraban hacer. Luego, su cuerpo aparecería en el Sena.

Y el mundo seguiría igual. Ignorando la cruda y espantosa verdad. Manipulado por un clan ultrapoderoso, por el cerebro de aquel monstruo tentacular que todo lo abarcaba: el terror mundial.

—Yo lo haré —dijo una voz fría, tras una caperuza.

La mano empuñó el arma. Avanzó hacia Vance Rohmer. Éste había estado aguzando el oído, tratando de identificar las voces, las identidades de aquellas personas. Más de una voz le resultó familiar. Dos, exactamente.

Sabía quiénes eran los que se ocultaban bajo la capucha, junto a Scott y los demás. Sabía quién iba a ser su verdugo. Le miró fija, fríamente. Y le espetó:

—¿Por qué? ¿Por qué usted precisamente... ERIKA WALTER?

Su verdugo se paró en seco. El arma vaciló en la mano femenina.

—Lo sabe... —jadeó—. ¡Me ha reconocido!

\* \* \*

—Lo sé. Creo que lo supe ya antes, cuando siempre sabían ustedes mis movimientos al detalle. Tenía que haber un traidor en la organización antiterrorista de Dieter Gruber. ¿Por qué no usted, Erika?

—Si lo sabía... ¿por qué no intentó desenmascaramme? —musitó la encapuchada.

—Lo hice —rió suavemente Vance—. Dejé un mensaje cifrado a Gruber, antes de irme a París. A él sí le decía mis sospechas. Y también que llegaría a París por avión desde Estrasburgo. Por eso no me sucedió nada en el viaje. Era usted, Erika, no había duda.

—Y Gruber lo sabe... —Ella alzó su arma, lentamente—. Estúpido... Me hará vigilar, dificultará mi trabajo, aunque logre engañarle...

—Dudo que engañe a un hombre como Gruber —rió de nuevo Vance—. Ni usted ni el jefe de policía Hoffman podrán hacerlo.

—¿Qué? —aulló la voz de otro encapuchado—. ¿Qué es lo que

ha dicho? ¿Cómo sabe...?

—Fue muy torpe por su parte quitarme en Frankfurt el microfilme, comisario Hoffman —suspiró Rohmer—. Recuerde que sólo los aduaneros y usted tocaron mis cosas. El que entregó el microfilme a Dietrich para no ser sorprendido con él encima, tenía que ser alguien lo bastante importante como para no correr riesgos. De todas las personas que pudieron despojarme del cigarro y su envoltura, sólo usted encajaba en esa descripción. No era difícil sospechar de su persona. Creo que el propio Gruber sospechó siempre...

—Ya basta —cortó Erika, quitándose la caperuza con ira. Estaba pálida, y sus bellos ojos verdes brillaban coléricos, fijos en el reportero americano—. De aquí no puede pasar, Rohmer. Empiezo a pensar que usted, siguiendo vivo, sería realmente peligroso... incluso para los más altos jefes. Aquí termina su viaje...

Adelantó el arma, la aproximó a la sien de Vance Rohmer...

\* \* \*

El disparo resonó arriba, en lo alto de la escalera.

Fue una lástima, pensó Rohmer, al caer, que una belleza como Erika Walter terminase así sus días. Pero la bala disparada por Dieter Gruber no tenía piedad alguna para la belleza femenina. No podía tenerla, o el arma de Erika hubiese perforado la sien de Rohmer inexorablemente.

Tras de Gruber, eran varios los hombres armados de metralletas que, cuando los encapuchados intentaron defenderse, abrieron fuego con sus armas, de forma casi rabiosa.

Las ráfagas abatieron a todos ellos, en una espantosa masacre. Vance asistió a la escena, con expresión de horror. Pero sabía que no se podía hacer otra cosa. Ninguno de aquellos hombres se hubiera entregado jamás con vida. Sabían que, una vez en prisión, otros terroristas terminarían con ellos, para evitar que hablasen. El pacto de silencio debía continuar.

Incluso Alexander Scott murió con una pistola en su mano, bajo el fuego de los agentes antiterroristas alemanes, milagrosamente presentes en el sótano del restaurante árabe de Montmartre.

—Hannelore... —murmuró Rohmer, asombrado, en tanto

Gruber cortaba sus ligaduras—. ¿Usted aquí? ¿Es que se ha ganado la confianza del patrón?

—No del todo —gruñó Gruber—. Pero cuando le seguimos a París, tras descubrir que Erika se había ausentado de Munich sin motivos muy concretos, que coincidía plenamente con las sospechas que usted dejó escritas en clave en mi despacho, decidí que ella podía ayudarnos en todo esto, y la traje conmigo. Le hemos estado vigilando en el hotel todo el tiempo. Y Hannelore, con una motocicleta y un casco sobre sus cabellos, para disimular su identidad, procedió a seguir prudencialmente su taxi, portando consigo un pequeño emisor-receptor de onda corta, mediante el cual nos avisó para reunimos aquí lo antes posible.

—De modo que usted ha colaborado de nuevo a salvar mi vida... —suspiró Rohmer, mirándola—. Por tercera vez, Hannelore...

—Sí —rió ella—. Empieza a ser ya una costumbre. Espero que alguna vez me devuelva usted el favor, Vance, si vamos a trabajar juntos en esto.

—Van a trabajar juntos, ciertamente, —asintió Gruber, ceñudo, mirando a los cadáveres que les rodeaban por doquier—. Pero mucho me temo que la lucha sea larga y difícil, ¿no es cierto, Rohmer?

—Muy cierto, señor. Si Alexander Scott, el magnate, el comisario Hoffman y Erika Walter eran simples peones... ¿qué clase de personas pueden ser las piezas maestras de este tablero?

—Ya puede imaginárselo —resopló Gruber—. Pero eso no debe servirnos de elemento desmoralizador. Sé que usted luchará, como luchó yo. Tardaremos años, quizás no lo logremos nunca. Nuestras vidas no valdrán mucho, pero las dedicaremos a esta tarea. Y si un día descubrimos una prueba, una evidencia, por pequeña que sea... habrá llegado el momento de desenmascarar a los que dirigen desde la sombra el terrorismo internacional en su beneficio económico o político...

Estaban saliendo del restaurante árabe. Arriba, fuerzas de la gendarmería parisiense iban llegando al lugar del tiroteo, así como fuerzas especiales antidisturbios. Gruber se reunió a hablar con sus jefes.

Vance Rohmer se volvió. Hannelore estaba a su lado, y sonreía, fija su mirada en él.

Observó su cuerpo vigoroso, pero femenino, sus formas plenas y generosas, su belleza casi salvaje, y sonrió también.

—Va a ser una tarea muy agradable luchar a tu lado, Hannelore —confesó.

—Lo mismo digo —rió ella.

Y pasándole una mano por el hombro, como un camarada, le dio en los labios un largo beso con sus carnosos y húmedos labios, que hacían pensar en todo menos en un camarada.

Aquel beso, para Vance Rohmer, era como la esperanza de que no todo iba a ser penoso y desagradable en su lucha contra el terrorismo.

Especialmente, cuando empezase a olvidar un poco la dolorosa cicatriz que la muerte de Sybil Scott dejó en su espíritu. Porque ahora al menos, ella ya estaba vengada en cierto modo...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.